Sergio Alejo Gómez



¿SABÍAS QUÉ?

Curiosidades del mundo antiguo

¿SABÍAS QUÉ?
Curiosidades del mundo Antiguo
por Sergio Alejo Gómez
Sergio Alejo Gómez

El autor

Me considero un enamorado de la historia en general, aunque lo que de verdad me apasiona es el mundo antiguo, concretamente todo lo que concierne a las civilizaciones griega y romana. Esta pasión es la que me llevó a licenciarme en historia por la Universidad Autónoma de Barcelona y a ejercer como docente de secundaria durante algún tiempo.

Aunque el destino quiso que finalmente mi trayectoria profesional me llevase por otros caminos. En cualquier caso, ese contratiempo no me ha separado jamás del interés por la historia y por las civilizaciones antiguas.

Como gran aficionado a la lectura que soy, siempre había deseado escribir un libro. Tenía ganas de compartir historias intrépidas ambientadas en algún momento histórico.

Así fue como en abril de 2015 publiqué mi primera novela, titulada Las Crónicas de Tito Valerio: Misiva de Sangre. Ese libro no fue más que el principio, y la saga no ha parado de crecer, hasta convertirse en una trilogía.

Tras el éxito de la primera parte, llegó la segunda, titulada El Enemigo Interior, publicada en marzo del 2016. La tercera entrega, La sombra de la conjura, tan sólo tardó un año en ver la luz, Así que puedo considerarme afortunado por tener una saga completa de tres libros disponible en todas las librerías, publicada por EOLAS Ediciones.

En la actualidad, la fortuna y el buen hacer, porque creo que algo ha tenido que ver mi esfuerzo, me han permitido poder compartir con vosotros esta nueva obra. No es una novela, como las tres anteriores de la saga que escribí, sino que se trata de un libro en forma de episodios, anécdotas, curiosidades e incluso de personajes del mundo antiguo.

Esto es tan sólo un paso intermedio, no te preocupes, ya que tengo un par de novelas históricas ya concluidas que están esperando ver la luz en cuanto una editorial se interese en publicarlas.

Así, que, sin más, espero que este formato literario te guste también y te sirva de aperitivo para todo lo que está por venir en el año 2018.

Pero siguiendo un poco con mi biografía, tengo que decir que la fortuna también se presentó ante mí de nuevo, cuando me ofreció la oportunidad de contactar con Míkel Carramiñana y Bikendi Goiko-Uria, los creadores y conductores del programa La Biblioteca

Perdida, que se puede escuchar en diferentes plataformas de internet, como IVOOX o ITUNES.

Ellos me ofrecieron la posibilidad de tener una sección propia dentro de su programa, y obviamente no pude desaprovechar una oportunidad como esa. Así es como ideamos entre todos un espacio que lleva por título *Por los Dioses*, en el que tratamos aspectos, anécdotas y personajes de la antigüedad.

Además de la faceta de escritor y la de colaborador del programa de radio, debo añadir otra que creo que es muy importante y complementaría para la tarea de la elaboración de novelas: la recreación histórica. Y es que formo parte de dos asociaciones que se dedican a la recreación y a la reconstrucción de nuestro pasado.

La primera, Barcino Oriens, dedicada a la vida en la Roma del siglo II d. C., donde representamos tanto la vida militar en las legiones, como los gladiadores y la vida civil y religiosa.

El otro grupo es ACCUH (Asociación Catalana de Coleccionistas de Uniformes Históricos), en el cual recreamos la vida de los soldados alemanes y aliados que combatieron en la Segunda Guerra Mundial.

En líneas generales puedes ver que tengo muchas ocupaciones en mi vida y me faltan horas al día, y días al año, aunque hago lo que puedo, y créeme, es mucho más de lo que imaginas. Además de todo lo anteriormente nombrado, puedes saber más sobre mí y sobre lo que escribo visitando mi página web:

www.sergioalejogomez.com, en la que encontrarás desde relatos cortos, hastaartículos y vídeos de las presentaciones y eventos en los que participo.

También puedes contactarme en mi correo electrónico:/p>

sergioalejogomez@gmail.com

¡Qué los dioses te sean propicios!

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero darte las gracias por haber adquirido este ejemplar de mi libro. Si, a ti, estimado lector. Tú eres el protagonista de esta historia, ya que esto lo he hecho por y para ti. El camino de un autor es arduo y complicado, y cada vez que alguien se hace con un libro es un golpe de moral que permite seguir adelante en este periplo no exento de adversidades.

Me gustaría darle las gracias a mi gran amigo y compañero Oscar Soria por haberme dado el empujón a la hora de decidirme a darle forma a este libro, ya que su visión y su positivismo me ayudó a embarcarme en esa hazaña. Sin él no me habría lanzado a la piscina y sin él no habría sido capaz de darle forma a lo que hoy tienes en tus manos. Muchas gracias amigo por ayudarme con esto, y quiero decirte que eres sin duda un pilar fundamental de este proyecto. Espero que no sea más que el primero de muchos.

Por supuesto no me quiero olvidar de todos los que han estado cerca de mí en estos últimos meses y que me han dado fuerzas, tanto en los buenos momentos, como en los malos para no decaer. Como siempre, agradecerle a mi esposa, Laia, el apoyo y los consejos que me ha dado. ¡Un fuerte abrazo cariño!

Creo que, con esto, he cumplido el cupo de agradecimientos. Si me he dejado a alguien, que no se lo tome a mal, seguro que ha sido sin querer.

¡Un saludo y espero que disfrutes de la lectura!



LA ANTIGUA ROMA

1. Origen de la expresión Craso Error

¿Sabías qué la expresión Craso Error procede de la cultura romana?¿La has escuchado varias veces y nunca has tenido la oportunidad de investigar un poco sobre su procedencia?

Pues para eso estoy aquí, para que no te quedes con las ganas, y para resolverte la duda. Pero será mejor empezar a conocer un poco más a la persona a la que se atribuye la titularidad de esa expresión, que por cierto usamos más de lo que creemos en la actualidad.

Nuestro protagonista no es otro que Marco Licinio Craso. Este Craso, fue uno de los hombres más ricos de Roma durante el período final de la República y os sonará porqué aparece en la última temporada de la famosa serie de "Spartacus". Fue él quien consiguió aplastar la revuelta de los esclavos, pese a que tuviese que compartir el mérito con otro gran militar del momento, Pompeyo Magno.

Pero esa es otra historia, por lo que si os parece regresaremos a nuestro protagonista. Durante la dictadura de Sila, Craso supo sacar provecho de la situación, pues otra cosa no, pero tenía visión de negocio. Amasó una inmensa fortuna con negocios legales, y con otros que no lo eran tanto. Se decía que era dueño de actividades

tan variopintas como casas dedicadas a la prostitución, o que controlaba incluso grupos o brigadas de vigiles (lo que serían en la actualidad bomberos), que le permitían especular con las propiedades. Las malas lenguas decían que mandaba incendiarlas para luego volver a construirlas y enriquecerse con la posterior venta.

Fue gracias a su dinero que consiguió acceder a un cargo importante de magistrado en la República ya que las monedas le permitían a uno hacer carrera política y sobre todo poder costearse una campaña y unos sobornos suficientes para alcanzar puestos importantes.

Como veis era un tipo inteligente y que sabía cómo hacer dinero. Tras derrotar a Espartaco supo contenerse y no trató de alzarse con todo el mérito pese a que en cierto modo Pompeyo tan solo llegase para rematar el trabajo. Esa prudencia le permitió convertirse años más tarde, concretamente en el 59 a. C. , en uno de los integrantes del llamado Primer Triunvirato junto a los otros dos hombres más importantes de aquel momento, Cayo Julio César y el anteriormente citado Cneo Pompeyo Magno.

Pero al contrario que sus socios de gobierno, Craso no tenía en su haber gestas militares importantes. Tenía riquezas, tenía poder, pero le faltaba la gloria en el campo de batalla. En un afán de conseguir ese preciado bien, y mientras desempeñaba el título de gobernador de la provincia de Siria, costeó de su propio bolsillo una expedición militar en territorio parto.

Así fue como en el año 55 a. C. , se puso manos a la obra y tras dos años de esfuerzos y preparación, se lanzó a la conquista del Imperio parto con un ejército compuesto por siete legiones, es decir, unos treinta y cinco mil soldados más los auxiliares. La cosa no comenzó mal, ya que obtuvo algunas victorias que le permitieron ir adentrándose en territorio enemigo. Pero los dioses parecían no estar de su lado, sobre todo cuando su ejército llegó hasta las cercanías de Carrahe. Allí sus tropas fueron rodeadas, y en gran parte, gracias a un error en el planteamiento táctico del propio comandante general, fueron prácticamente aniquiladas.

En dicha batalla, las fuentes clásicas afirman que los romanos perdieron a más de veinte mil hombres, entre ellos el hijo del propio triunviro, y cerca de diez mil legionarios fueron hechos prisioneros. Craso se vio obligado a negociar con sus enemigos para buscar una salida al desastre, aunque fue capturado y ejecutado de una manera salvaje. Le hicieron tragar oro fundido, o sea, que la avaricia fue su propia perdición y la causa de su muerte.

En cuanto a la expresión en sí, debemos entender que cometer un Craso Error, equivale a equivocarse de forma garrafal, por así decirlo. Llevar a cabo una acción que podrías haber evitado y cuyas consecuencias han sido desastrosas, para que se entienda mejor. Y eso es precisamente lo que le pasó a Marco Licinio Craso al creerse capaz de derrotar al poderoso Imperio parto cuando realmente no poseía las habilidades militares necesarias para poder salir airoso de tal empresa. En ocasiones uno debe ser consciente de sus limitaciones y no lanzarse a empresas que le sobrepasan.

2. Origen de la expresión veni, vidi, vici

¿Sabías qué significa la expresión veni, vidi, vici? ¿Te gustaría saber quién la dijo y en qué contexto fue pronunciada?

Se atribuye esta locución latina al gran político y militar romano Cayo Julio César. Para comprender el contexto en el que la frase fue pronunciada debemos situarnos en el momento histórico preciso. Y ese no es otro que un escenario ubicado en la zona del Ponto Euxino, es decir, el actual mar Negro.

Por entonces el gobernante del reino era el rey Farnaces II, hijo del que fuera gran enemigo de la República romana, Mitrídates IV del Ponto. se había sublevado a la autoridad romana en la zona y había conquistado territorios que pertenecían a la República. Se aprovechó de la retirada de las tropas romanas de la zona para anexionarse territorios que no le pertenecían, como la zona de la Capadocia o Armenia Parva.

Este Farnaces II había servido como aliado de Roma cuando esta se enfrentó a su padre, y eso le permitió situarse en una buena posición después de que este fuera derrotado. Pompeyo le concedió una pequeña porción de los dominios que pertenecieron a su progenitor. Pero la avaricia va implícita en el ser humano, y aprovechando la distracción de Roma, que estaba sumida en su propia guerra civil, se lanzó a la conquista de lo perdido. Y como ya estaba manos a la obra, anexionó los territorios anteriormente nombrados.

Las fuentes nos dicen que además de derrotar a las escasas guarniciones romanas que quedaban, se encargó de castrarlos a todos, incluyendo a la población civil. El legado de César, Cneo Domicio Calvino se apresuró en atacarle en el año 48 a. C. Pero las tropas que tenía no eran de muy buena calidad, la mayor parte de ellas carecía de experiencia militar por lo que fueron derrotados con relativa facilidad.

Así que a César no lo quedó más remedio que ponerse en marcha. Abandonó Egipto y se dirigió a la zona de Capadocia para hacer frente a Farnaces y a su ejército. Eso sucedió en el año 47 a. C., cuando César ya era dueño el absoluto de Roma.

Harto de la situación en Oriente, decidió acabar con el problema que le planteaba aquel reyezuelo venido a más. Para llevar a cabo tal tarea, decidió llevase consigo tan solo a una de sus legiones, la VIª. Esta estaba bastante mermada tras innumerables años de combates, por lo que a su llegada al destino añadió una legión de

gálatas y los restos de las otras dos que habían sido derrotadas durante el año anterior, las que dirigió Domicio Calvino.

Antes de entablar combate, Farnaces intentó mediar con el general romano, sobre todo porqué la fama le precedía y quizás no le veía demasiado claro. Le ofreció firmar una paz para poder conservar sus nuevos dominios, pero la respuesta del romano fue rotunda.

Sabiendo que esas tropas eran mejores que las que se habían enfrentado a él el año anterior, decidió anticiparse, por lo que atacó a los romanos mientras estos estaban preparando las defensas de su campamento. Pero pese a cogerlos por sorpresa, los romanos estaban en una posición elevada, cosa que les confería ya de por sí ventaja táctica. Las tropas cesarianas, muy inferiores en número, aunque mejor preparadas, supieron aguantar bien y cuando les fue posible, hicieron retroceder a los asaltantes y quebraron sus líneas. Infligieron de esa manera una dolorosa derrota a los soldados del Ponto.

Farnaces, impotente pese a su superioridad numérica, se retiró buscando refugio. Poco después fue ejecutado por sus propios generales, que buscaban redimirse antes los ojos del todo poderoso César.

La campaña fue relativamente breve, apenas duró cinco días, y según palabras del historiador Plutarco, fue el propio César quien mandó una misiva que fue leída delante del Senado de Roma. Al final de dicha carta puso la famosa frase: “Veni, vidi, vici”, haciendo alusión de esa manera a su destreza militar y a la rapidez con la que había sofocado la revuelta de Farnaces.

Actualmente se utiliza la expresión llegué, vi, vencí para hacer referencia a que algo se ha llevado a cabo con rapidez y con éxito, de la misma manera en la que lo hizo Cayo Julio César en su día.

3. Requisitos para servir en las legiones romanas

¿Sabías qué los legionarios debían cumplir una serie de requisitos para poder ingresar en el ejército romano?

Todos aquellos voluntarios que se presentaban en los puntos de reclutamiento debían de tener unas características mínimas para formar parte de la maquinaria de guerra más mortífera del mundo antiguo.

En primer lugar, cabe destacar que no todos los hombres podían servir bajo las águilas, y que el requisito primordial que debían poseer todos los voluntarios era ser ciudadano romano. Por lo tanto, si el que se presentaba no gozaba de esa condición no tenía cabida. Por ello, los que pertenecían a los pueblos aliados, o federados a Roma, debían servir en las tropas auxiliares. El segundo requisito era estar debidamente censado y poseer un certificado de buena conducta. Lo que viene siendo el actual documento de los penales, que acredita que no tienes antecedentes. Sabemos que en momentos complicados y de extrema dificultad podían ingresar en el ejército hombres que no cumpliesen los requisitos anteriormente nombrados. Pero eso era solamente en casos puntuales, donde era necesario recurrir a todo lo que se disponía.

Otro de los requisitos importantes para entrar en el aparato militar era ser soltero, ya que en la legión no aceptaba hombres con cargas familiares. Otra cosa era que una vez dentro, el soldado pudiese tomar esposa, aunque esa práctica era más bien poco común pues los oficiales no lo permitían, solo se aceptaba una vez el soldado finalizaba sus años de servicio. Sí que sabemos que se les dejaba tener relaciones con concubinas, pero jamás podían contraer matrimonio de forma oficial. Una vez cumpliesen el período designado de servicio para cada época, podían casarse de manera legal si querían, y entonces si habían tenido hijos, pasaban a ser reconocidos de manera oficial.

Existía también una franja de edad para entrar, que era la comprendida entre los dieciséis y los veinte años, aunque en épocas de dificultades, como siempre, podía enrolarse gente más mayor, incluso ancianos o muchachos menores de dieciséis años. Hablando de excepciones, los esclavos no podían enrolarse, aunque de nuevo, en momentos de necesidad se sabe que se les dejó servir.

De la misma manera que en las pruebas de acceso a los cuerpos de seguridad actuales, había una estatura mínima, que rondaba los

1'70 metros, a la vez que buscaban gente que tuviera una complexión óptima, que era delgada y fibrosa más que musculosa.

Antes de ser reclutados, los voluntarios eran sometidos a un examen médico para comprobar que no tenían ninguna malformación y que gozaban de buena salud, la legión no aceptaba personas débiles o enfermizas. El medicus se centraba en revisar la dentadura del recluta, ya que era importante tenerla completa. Una vez superada esa revisión, el aspirante debía pasar una serie de pruebas físicas para demostrar que tenía las condiciones adecuadas para servir en la legión. Si era capaz de superarlas, ya podía considerarse apto para servir, y era enviado al punto donde le esperaban los oficiales encargados de su instrucción.

Como ves, la legión no era un lugar al que pudiese acceder cualquiera, y el recluta se sometía a un riguroso control. Podríamos afirmar que los reclutadores buscaban gente capaz, ya que la vida que les esperaba en adelante iba a ser más dura de lo que ellos creían. Tal vez si hubiesen sabido lo que les esperaba, más de uno se lo hubiese pensado dos veces antes de enrolarse, pero en esos tiempos, el ejército te proporcionaba estatus, salario, y lo que era más importante, una buena ración de comida y un lugar donde dormir.

Como se suele decir vulgarmente, en tiempos de guerra, todos los agujeros son trincheras.

4. El papel de la guardia pretoriana

¿Sabías qué la guardia pretoriana jugó un papel muy importante en la historia del imperio romano? ¿Sabías hasta dónde llegó su poder e influencia en las decisiones más importantes que se tomaron en los momentos más determinantes? ¿Crees que realmente tuvieron tanta fuerza como para destronar a algunos emperadores y colocar a otros? ¿Su historia es más un mito que una realidad?

Los orígenes de este cuerpo de élite son más antiguos de lo que crees, y pese a que la historia del cuerpo encargado de proteger a los emperadores va estrechamente relacionada a la figura de Augusto, debemos buscarlos un poco más atrás en el tiempo. El termino pretoriano, va estrechamente ligado a otro: pretorio. ¿Y qué era el pretorio? Pues la tienda de mando en un campamento militar romano. La que ocupaba el legado, o lo que es lo mismo, el comandante en jefe de la legión. Por ello, la guardia personal del comandante, la que vigilaba su tienda, fue llamada de esa manera.

Aunque hemos dicho antes que su creación era de época de Augusto, primer emperador, grandes generales de época republicana ya se rodearon de guardias personales. El ejemplo más claro sería el de Publio Cornelio Escipión Emiliano, nieto del gran Escipión el Africano. Este general romano, ya en el año 146 a. C., en su asedio de Numancia, disponía de una guardia personal formada por quinientos hombres. Estos hombres eran de su confianza personal, los mejores hombres de las legiones, que servían bajo sus órdenes, de ahí que los utilizase para asegurarse su protección. Eso sí, eran sin duda un cuerpo muy numeroso.

Desde ese momento, muchos grandes generales de la República romana siguieron el ejemplo de Escipión Emiliano y se rodearon de escoltas personales de confianza. Entre ellos cabe destacar por ejemplo a Pompeyo, o al mismo Julio César, que formó una guardia compuesta por íberos, e incluso el que fue su lugarteniente, Marco Antonio.

Como hemos dicho antes, la creación del cuerpo de pretorianos en sí se atribuye a Augusto. Este, basándose en la tradición y en las necesidades del momento, decidió, en el año 13 a. C., darle forma definitiva al proyecto. Las funciones que le atribuyó inicialmente no iban a ser sólo proteger al emperador y a su familia, sino encargarse también de la vigilancia de los edificios gubernamentales e imperiales.

La intención de Augusto no era crear un ente con demasiado poder como para saltarse al emperador. Los pretorianos eran el único cuerpo militar permitido dentro del pomerium de Roma, por lo que sería de tontos dotarles de un poder independiente, ya que en cualquier momento se le podían volver en contra.

En cuanto a la constitución del cuerpo de élite, se debe destacar que en principio se crearon nueve cohortes pretorianas, formadas cada una de ellas por unos quinientos hombres. De estas nueve, según Suetonio, sólo tres estaban acuarteladas en Roma. El resto de ellas estaban repartidas por las zonas limítrofes a la capital. Además, las cohortes acantonadas en la capital disponían de una turma de caballería que patrullaba el pomerium de la ciudad.

Con el paso del tiempo y de los gobiernos de los diferentes emperadores, las cohortes subieron hasta el número de doce. También se sabe que tres de ellas constituyeron como vigiles, por lo que volvieron al número de nueve. Estos vigiles habían sido creados por el propio Augusto, y hacían unas tareas más concretas dentro de la ciudad, tales como la de vigilar y hacer rondas nocturnas por Roma y también eran los encargados de apagar los incendios. Vaya, podría decirse que fueron el primer cuerpo de bomberos de la historia.

Tras la muerte del gran Augusto en el año 14 d. C., el prefecto de la guardia pretoriana, Lucio Elio Sejano, se convirtió en una persona muy influyente. El nuevo emperador, Tiberio, le hizo caso y trasladó los cuarteles fuera de palacio. Por ello, el año 23 d. C., se construyó el edificio de la Castra Praetoria a las afueras de Roma. Esto hacia que todas las cohortes estuvieran reunidas en un solo punto.

Pero la avaricia comenzó a hacer acto de presencia entre los que ostentaban tanto poder, y Sejano lo pagó con su vida. Tiberio se encargó de mandar su ejecución. Se había vuelto un tipo poderoso y peligroso, y el emperador se había dado cuenta.

Pero no sería el único, la posición que ocuparía en adelante el cuerpo de los pretorianos iba a ser un marco ideal para todos aquellos que tuvieran un ápice de codicia. Lo de Sejano no fue más que el inicio del papel que acabaría tomando ese cuerpo de élite. Desde ese momento, la influencia en asuntos políticos y de estado pasaron a ser una de las prioridades de los pretorianos. Estos se mostraron dispuestos a recibir tantos sobornos como fuesen necesarios.

A su vez, llegaron incluso a poner un precio por el trono imperial en más de una ocasión, y venderlo al mejor postor. Las

fuentes clásicas nos muestran ejemplos sobre emperadores asesinados o destronados por su propia guardia. El primero en sucumbir fue Calígula, al cual su guardia eliminó sin miramiento alguno. Cabe destacar que quizás esa muerte estaba anunciada, y si no lo hubiesen hecho ellos, otros se hubiesen encargado. A su vez, elevaron al trono a su tío, el emperador Claudio.

Vemos pues que no solo mataron o destronaron a los máximos gobernantes del Imperio. También se encargaron de elevar a ese puesto a sus propios candidatos, y estos sabían que para permanecer en el cargo debían tener a su guardia personal satisfecha. Ese es un detall importante para que nos demos cuenta del verdadero poder que llegó a ostentar este cuerpo militar.

Entre la larga lista de emperadores que sucumbieron bajo las espadas de sus guardias, encontramos a Domiciano, Nerva, Pertinax (qué solo gobernó durante ochenta y seis días) o a Caracalla. Por enumerar a los más conocidos. Entre los destronados más importantes, están, Nerón o Vitelio (que posteriormente sería ajusticiado por ellos mismos).

En el extremo opuesto, es decir, entre los que recibieron el premio del trono, a cambio de monedas u otros favores, encontramos a Claudio, Otón, Tito o Alejandro Severo. Otros afortunados en un principio, como Gordiano III o el antes nombrado Domiciano, fueron elevados al cargo imperial por los mismos que luego acabaron con sus vidas.

En el año 193 d. C., tras el asesinato de Cómodo (el malvado emperador de la película Gladiator, que fue un gobernante nefasto pero que no mató a su padre tal y como nos ha hecho creer la producción hollywoodiense), se produjo un vacío de poder. Fue entonces cuando los miembros de la guardia, implicados en el fatídico final del hijo de Marco Aurelio, pusieron a la venta el trono. Parece ser que no todos los que disponían del dinero suficiente estaban dispuestos a ocupar un cargo tan peligroso.

Fue Didio Juliano, un rico senador quien se arriesgó a comprar el cargo, aunque poco duró en él, ya que al no ser del agrado de los pretorianos pronto lo reemplazaron.

La llegada de Septimio Severo, un condecorado general, originario de Leptis Magna (ciudad situada al norte de la provincia de África) y destinado en la provincia de Panonia, cambió un poco el dibujo y el papel de este cuerpo de élite. Severo marchó ese mismo año contra Roma y se hizo con el poder. Una vez lo hubo conseguido, consciente del poder de los pretorianos, lo primero que hizo fue deshacerse de ellos. Instauró su propia guardia pretoriana,

formada por soldados de confianza, de sus ejércitos de Panonia. Sabía el poder que estos tenían y lo importante que era deshacerse de ellos.

Pero él no fue el único emperador que hizo limpieza entre las filas de la guardia de élite. Mucho antes, en el año 69, el emperador Vespasiano se encargó de hacer algo similar, a la vez que nombraba a su hijo Tito, prefecto del pretorio.

Como todo en Roma, la guardia pretoriana también tuvo su final. Y es que hacia el año 284 d. C., Diocleciano, se encargó de asestarles un duro golpe. Quizás cansado ya de tanta trama e intriga palaciega, decidió que ya era suficiente. Les relegó a un segundo plano, a la vez que creaba dos grupos nuevos de guardias personales, a los que llamó Jovianos, y Herculianos (en honor al dios Jove y a Hércules). Los pretorianos pasaron a ocupar un pequeño rincón en la capital, recluidos en su Castra Praetoria. No estaban muertos, pero si malheridos y sus tiempos gloriosos se acercaban a su fin.

Años más tarde, cuando Constantino el Grande se enfrentó a su gran rival Majencio, este último contó entre sus filas con lo que quedaba de las tropas pretorianas. Tras la derrota en el 312 d. C., en la batalla del Puente Milvio, la unidad fue totalmente disuelta y sus cuarteles derruidos para siempre. Eso supuso un cambio radical en el tema de las guardias personales.

La experiencia demostraba que dotar a un grupo tan numeroso, además armado, de tanto poder, no era una buena idea. Aunque parecía que iba a ser imposible, al final, uno de los emperadores decidió dar un giro a la situación y acabar con casi tres siglos de control de las estructuras de poder por parte de un cuerpo militar.

En cuanto a las ventajas de las que gozaban los pretorianos las enumeraré rápidamente. Eran la tropa mejor pagada entre las filas romanas. Además de tener un mejor sueldo, cada vez que un emperador subía al trono, se encargaba de ganarse su lealtad (real o ficticia) con generosos donativos. Hasta el punto de que se convirtió en una tradición que no debía olvidar el recién llegado si quería conservar la vida.

Esa no fue la única ventaja, ya que el tiempo de servicio antes de retirarse era menor que el del legionario común. El legionario estaba obligado a servir dieciséis años, el pretoriano únicamente doce. Cuando el servicio aumentó hasta los veinte años para el primero, el soldado de élite tan sólo tenía que servir dieciséis años.

Como puedes ver, las diferencias eran claras, sin duda, merecía la pena dejar los campos de batalla por la comodidad de una Roma

bastante afín a las corruptelas. Eso no significa que la guardia pretoriana no estuviese en el frente de batalla. Se sabe y está documentado que fueron varios los emperadores que se sirvieron de ellas para combatir en momentos en los que era necesario tirar de las mejores tropas, sobre todo en las campañas más duras que se llevaron a cabo en el limes germano.

Si hubieses tenido la oportunidad de enrolarte en las filas de la guardia del pretorio, estoy convencido de que habrías hecho fortuna a la par que habrías formado parte de alguno de los episodios más relevantes de la historia de Roma. O sea que, si alguna vez te toca escogerentre ellos o las legiones regulares, ya sabes qué debes elegir.

5. Los legionarios romanos no podían contraer matrimonio

¿Sabías qué los legionarios romanos no podían contraer matrimonio mientras servían bajo las águilas?

Seguro que, si sabes algo sobre las legiones de Roma, alguna vez habrás escuchado que los legionarios romanos no podían casarse hasta que se licenciaban tras cumplir con sus años de servicio. La férrea disciplina del ejército les prohibía contraer matrimonio mientras estuvieran sirviendo a Roma.

Debemos tener en cuenta que fue el primer emperador, Augusto, quien impuso esta norma, y que esta perduró durante más de dos siglos. Sabemos, por las fuentes escritas que uno de los requisitos que se pedía a los reclutas cuando se alistaban era ser soltero. Tal vez se buscase un vínculo total con el ejército, y obviamente si los hombres tenían esposa e hijos, cabía la posibilidad de que no tuvieran tanto arrojo y se centrasen en otras prioridades.

¿Pero cumplían realmente con ese precepto? Esa es una buena pregunta. que nos hablan sobre los requisitos de ingreso, también nos hablan sobre lo que en realidad hacían los soldados para saltarse esa regla.

Algunos de ellos contraían matrimonio en secreto. Lo hacían sin que los altos mandos de la legión lo supiesen, pues podían ser castigados severamente. Además, sus esposas y sus hijos solían vivir en los pequeños asentamientos ubicados en el exterior de los castra o campamentos militares.

Pero hubo momentos en los que la situación se volvió un poco más laxa. El emperador Trajano durante sus años de gobierno, optó por hacer la vista gorda en este aspecto. Quizás porqué él mismo fue militar de carrera y sabía lo dura que era la vida en el campamento. Permitió que los legionarios a sus órdenes pudieran inscribir sus matrimonios en un registro no oficial, así, si el soldado caía en batalla, su esposa y sus descendientes podían heredar sus pertenencias. Sí más no, era un ejemplo de buena voluntad que hizo más querido a este emperador entre sus tropas.

Cabía la posibilidad de que los legionarios se casasen (ilegalmente claro está) con una mujer que no era ciudadana romana. En ese caso, ella pasaba a obtener el mismo estatus que su marido en el momento en el que este se licenciaba, no antes. Es decir, si ella no era ciudadana romana, cuando el matrimonio se hacía oficial, la mujer pasaba a obtenerla directamente. Sus hijos

varones, en cambio, no obtenían la ciudadanía a menos que se enrolasen en la legión. El objetivo estaba claro, obtener carne fresca para reponer los efectivos de la máquina de guerra más poderosa de la antigüedad.

En cuanto a los auxiliares que servían en las legiones, había que tener en cuenta que servían más años que los legionarios y que cuando finalizaban el período de servicio, obtenían la ciudadanía automáticamente, al igual que sus descendientes.

Cuando Septimio Severo subió al trono, en el año 197 d. C., tras unos cuantos años de cruenta guerra civil, implantó una serie de reformas centradas en el ejército. De nuevo nos encontramos con otro emperador cuya vida estuvo estrechamente ligada a la legión, de ahí que las favoreciese claramente. Además de crear tres nuevas legiones, otorgó otros beneficios a sus hombres.

El más vistoso fue sin duda el incremento del stipendium o salario, tal vez de una manera excesiva según dicen las fuentes. Los legionarios pasaron de cobrar entorno a los trescientos denarios prorrateados en cuatro pagas anuales, establecido por Domiciano (81-96 d. C.), a una cantidad que oscilaba entre los cuatrocientos cincuenta y los seiscientos. De hecho, para él fue tan importante tener contentas a sus tropas que hasta el historiador Dión Casio recogió en su obra las palabras que Septimio Severo transmitió a sus herederos.

Estas fueron bastante claras: " Vivid en armonía, enriqueced a los soldados y despreciad a > todos los demás".

Otra de las reformas centradas en el ejército, fue fundar una especie de colegios militares, permitiéndoles de esa manera la posibilidad de asociarse. También reguló la concesión de la anona militaris, el tributo en especie que se concedía a los soldados. Este consistía en el pago en forma alimento y equipo sin tener que pagar nada a cambio.

Aunque uno de los aspectos más importantes y que tienen relación con el tema que estamos tratando es el de permitir que los soldados se casasen de manera legal durante los años de servicio. Les concedió el derecho llamado connubium. Este derecho era una gran innovación entre los soldados. El matrimonio había estado vetado desde tiempos de Augusto (obviando los tiempos de Trajano) y Severo creyó que ya había llegado el momento de cambiar esa absurda regla. Le favorecía más legalizar los enlaces, pues estos daban hijos como fruto, ciudadanos ya romanos para engrosar sus ejércitos.

Se dice que incluso dejaba que sus hombres, cuando estaban

libres de servicio, saliesen del campamento. Les permitía pernoctar con sus familias en las aglomeraciones civiles que surgían extra muros. Las fuentes también hacen referencia a que ese nuevo derecho concedido a los legionarios fuera estrechamente relacionado con el sistema propagandístico del nuevo emperador.

Parecía ser que este pretendía enfatizar o dar importancia a la familia. De esa manera quiso reforzar el papel de sus herederos en el trono. Fuera cual fuese su intención, está claro que las reformas de Severo favorecieron claramente al estamento militar.

Aunque podría ser que no tuviese más remedio, pues el camino que llevaba el Imperio requería quizás una serie de cambios.

Espero que hayas aprendido algo más sobre un aspecto quizás poco conocido de la historia de la Roma antigua que las fuentes no tratan con demasiado detalle.

6. Condecoraciones en el ejército romano

¿Sabías qué los legionarios romanos también recibían condecoraciones y recompensas por sus gestas en el campo de batalla?

Cómo puedes ver, no todo en la legión tenía que ser malo y comportarse con valentía podía reportar beneficios al que lo hiciera. Es por todos sabido que las condecoraciones o las felicitaciones, tanto en el pasado como en la actualidad, se entregaban a aquellos soldados que protagonizaban un acto de valentía. Eso es sin duda innegable y obviamente el ejército romano no era menos.

A la hora de castigar los comportamientos que se salían de lo establecido, los altos mandos se mostraban duros y severos, pero a la hora de recompensar a los soldados por sus actuaciones, también sabían estar a la altura.Los legionarios que actuaban con valor eran recompensados ante todos sus compañeros.

Eso cumplía una doble función. Por un lado, recompensar a los hombres que habían protagonizado una acción heroica a nivel individual y por otro, era sin duda un aliciente para motivar al resto de sus compañeros para que hicieran lo mismo. Sabemos por las fuentes que se celebraba una ceremonia solemne, y los elegidos solían dar un paso al frente en la formación. El propio general al mando se encargaba de enumerar sus gestas ante sus camaradas en voz alta y tras el elaborado discurso, el afortunado solía recibir su premio.

Este acostumbraba a ser un ascenso, una sustanciosa cuantía de monedas y las correspondientes condecoraciones. Parece ser que, tras eso, sus compañeros lo aclamaban con un fuerte aplauso.

Como ya he comentado antes, las condecoraciones solían ir acompañadas de una compensación monetaria, cosa que además era un buen incentivo. Esta suma de dinero extra, podía ser puntual o podía ser vitalicia, dependiendo de la relevancia de la acción. Las recompensas no eran sólo individuales, sino que se podían otorgar a unidades de legionarios, y en ese caso las condecoraciones las lucían en el estandarte o en el signum (si era una centuria) pertinente.

A diferencia de las condecoraciones actuales, que suelen ser medallas o placas conmemorativas, en las legiones, la tipología era distinta. Aunque es importante destacar, como ya he dicho antes, que además de otorgar el elemento y dar una paga extra, también podía recompensarse al afortunado con un ascenso (cosa bastante

habitual).

Aunque por el contrario quiero destacar que, en ocasiones, el ascenso suponía el traslado de unidad. Básicamente porque las plazas de oficiales eran más limitadas, pese a que muchos de estos, sobre todo centuriones, caían en combate. Eso se debía a que luchaban en primera línea, donde el combate solía ser más cruento.

Pero pasemos a hablar de las condecoraciones en sí. Existían tres tipos de elementos que hacían las veces de condecoraciones a parte de las coronas, que tal vez eran las más conocidas.

Phalerae: sería lo más parecido a las medallas actuales, y consistía en una serie de discos metálicos. Normalmente se agrupaban en tres, cinco, siete o nueve, y solían estar hechas en materiales como el oro, la plata o el bronce. Estas piezas se colocaban en el pecho sobre un arnés de correas de cuero. Iban dispuestas sobre la armadura de su portador, y eso indicaba que el que las llevaba era un soldado que había sido condecorado.

Torques: era otra de las más llamativas, pues su portador la solía lucir a la vista de sus camaradas. En origen, la pieza consistía en una especie de collar que solían llevar los pueblos celtas. Su uso está fechado al menos desde el 1200 a. C. Entre estos pueblos era un símbolo de rango o de estatus social, por lo que solían usarlo los nobles o aristócratas. Consistía en una especie de collar, tipo gargantilla que quedaba ajustado al cuello. Se solían fabricar en oro, plata o bronce y en algunas ocasiones también en hierro. Se desconoce cuál era el significado del elemento con certeza y el origen etimológico de la misma palabra. Los romanos la incorporaron a su vocabulario y le llamaron torqves, cuyo significado era retorcido o torcido, en clara alusión a la forma que estos tenían, ya que estaban hechos de hilos retorcidos que se sobreponían unos a otros. Se cree que los romanos los convirtieron en un tipo de condecoración tras hacerse con ese tipo de piezas en los saqueos. Eran piezas valiosas y que podían venderse a un buen precio. De ahí el valor que acabaron adquiriendo.

Armilla: eran una especie de brazaletes metálicos que se portaban como trofeo de guerra. Para los primeros romanos llevar esta pieza era símbolo de feminidad, ya que eran las mujeres las que los llevaban habitualmente. Se otorgaba en pares, y estaban hechas tanto en oro como en plata.

Pero cómo ya he comentado antes, existían otros tipos de condecoraciones: las coronas. Estas se concedían en ocasiones contadas, para recompensar los actos más valerosos de los soldados. Aunque la mayoría de veces se otorgaban a oficiales de alta

graduación. Es por ello, que las propias fuentes nos hablan de que sólo se concedían después del grado de centurión hacia arriba, por lo que no estaban al alcance de todos los legionarios. Para estos estaban las tres modalidades que antes he enumerado.

Pasaré a enumerar ahora las diferentes coronas que se otorgaban de mayor a menor relevancia:

Corona Gramínea: conocida también como obsidional o de hierba. Esta se concedía a aquel que liberaba a un ejército completo de cualquier tipo de asedio o acoso. A su vez también se concedía al que era capaz de levantar el sitio a una ciudad o plaza. Según las fuentes, muy pocos romanos consiguieron una de estas.

Corona cívica: al principio estaba hecha de hojas de encina, más adelante de aesculus (árbol no determinado aún hoy). Posteriormente se usaron hojas de roble. Esta se concedía a aquel que salvaba la vida de un ciudadano romano. Según palabras de Plinio, daba lo mismo salvar a un soldado raso que a un general. Esta condecoración podía llevarse siempre, y otorgaba privilegios como el de sentarse al lado de los mismos senadores.

Corona triumphalis: estas eran las que se lucían los generales durante los triunfos militares. Existían tres tipos diferenciados. La primera estaba confeccionada con hojas y ramas de laurel. La segunda estaba hecha en oro, y adornada con joyas, y al ser más pesada la portaba un funcionario sobre la cabeza del general. La última modalidad, estaba también hecha en oro, y era de origen heleno. Las enviaban las provincias en honor al general victorioso.

Corona oval: de menor categoría que las anteriores, y se obtenían cuando el senado otorgaba una ovación a un militar. Este tipo de concesión era inferior a un triunfo. La corona se solía hacer de hojas de un arbusto llamado mirto.

Existían otros tipos de coronas, llamadas menores y que se desconoce si podían ser entregadas a soldados rasos. Estas se clasificaban de la siguiente forma:

Corona áurea: esta era la primera de las coronas menores, siendo también de oro. Esta se concedía aquel que mataba a un enemigo en combate singular sin ceder terreno hasta el final. ese a ser de origen republicano, parece ser que los emperadores la mantuvieron como recompensa.

Corona mural: llamada también fortificada, se otorgaba al primer soldado en escalar una muralla enemiga durante un asalto. Parece ser que rara vez se concedieron a los soldados rasos o centuriones, y según las fuentes estaban destinadas a oficiales de alto rango.

Corona vallaris: muy parecida a la anterior, construida también en oro, se concedía a los primeros en escalar los muros de un campamento enemigo. Esto incluía fosos, trincheras y todo tipo de impedimentos que dificultasen el acceso.

Corona clásica o rostrata: se trataba de una corona naval, y se concedía al primero en saltar a un navío enemigo. En época republicana rara vez se concedió, y durante el imperio estaba destinada a altos mandos. El primero en recibir esta corona fue el mismo Agripa, por su victoria el año 36 a. C. contra Sexto Pompeyo.

Corona exploratoria: creada en el 39 d. C., por el infame Calígula. Se entregaba a los soldados que cumplían con sus labores de exploradores. Su origen no es muy claro, parece ser que el emperador se la sacó un poco de la manga.

Corona oleargina: fabricada con hojas de olivo, y la podían ganar tanto soldados como oficiales. Se entregaba a aquellos soldados, gracias a los cuales se obtenía un triunfo.

Además de los que he nombrado anteriormente, existían otro tipo de premios que se otorgaban a los soldados en las legiones. Haré una breve enumeración, pero no me extenderé demasiado en ellas.

Patella o phiale: era una especie de copa o plato llano, tal vez en forma de medallón, obtenida por librar un combate singular y vencer estando él mismo en peligro.

Clipei o clupei: una especie de escudos redondos de metal, aunque no parece que fueran muy habituales.

Vexillum: al soldado de caballería que mataba a un enemigo en combate singular se le concedía este pequeño estandarte hecho en plata. Era una especie de figura que se podía colocar sobre una mesa ya que tenía una peana para apoyarla.

Hasta Pura: consistía en una lanza de madera sin la punta de hierro. Se le concedía a cualquier suboficial que se retirase del servicio o al primus pilus (primer centurión) que salvase a un conciudadano o al legionario que hubiese herido a un enemigo.

Como puedes comprobar, servir en la legión tenía sus inconvenientes y suponía tener que afrontar muchos riesgos, pero si te comportabas como un héroe podías recibir también alguna que otra recompensa, que a la postre quedaba muy chula sobre tu armadura, en tu cuello, muñeca o sobre la cabeza. Estoy convencido de que serías la envidia de todo el campamento.

7. La misteriosa desaparición de la legión VIIII hispana

¿Sabías qué algo extraño le sucedió a la VIIII legión hispana que la hizodesaparecer de la faz de la tierra? ¿Sabías qué se dijeron muchas cosas sobre cómo había ocurrido, pero qué todavía no están muy claras las circunstancias?

En estas líneas trataré de explicártelo para que tú mismo puedas sacar tus propias conclusiones. Porqué además de gloriosas victorias, Roma también sufrió algunas derrotas humillantes, y algunas de sus legiones desaparecieron o fueron borradas de los anales de la historia.

La mayor parte de los historiadores coinciden en que la VIIII legión hispana fue totalmente aniquilada en el año 122 d. C. Dicen que fue borrada del mapa por un enorme ejército de caledonios, más al norte del muro de Adriano. Investigaciones más recientes difieren de esa teoría. Afirman por contra que esa aniquilación y posterior desaparición no se produjo en ese momento ni en ese lugar.

Cada vez son más los que se decantan por el hecho de que en el 123 d. C., había varios destacamentos de la VIIII asignados a la provincia de Germania Inferior. Eso demostraría que la legión no fue aniquilada en el 122 d. C. También hay indicios de que posteriormente estas tropas fueron enviadas a Judea para sofocar la revuelta de Simón Bar Kochba (132-135 d. C.), donde parece que fue destruida por completo.

Pero, además, existen testimonios que la sitúan todavía en el año 161 d. C., durante el gobierno del emperador Marco Aurelio. En esas fechas afirman que la legión estaba acantonada en Elegeia, en la orilla izquierda del Éufrates, bajo el mando del gobernador Marco Sedatio Severanio, y afirman que fue entonces cuando la VIIII fue sorprendida por los partos y definitivamente borrada del mapa.

Investigadores más modernos, como Marcos Uyá, tienen otra visión de los hechos que arrojan nueva luz sobre ese misterio. Él se basa en una prueba numismática, concretamente en la última emisión de monedas que hacen referencia a dicha legión. Esta se data del año 120 d. C. Después de ese momento no aparecen más monedas con el emblema de la VIIII. Esa es sin duda una prueba más que fehaciente de que algo sucedió.

Además, nos da otro dato, uno entorno al rastro dejado por el

tribuno laticlavio de dicha legión, un tal Lucio Norvio Crispino. Este tipo, desaparece de las fuentes en el año 121 d. C., poco antes del supuesto desastre y aniquilación de la legión. Pero reaparece posteriormente en el 147 d. C., como legado de la III legión Augusta en África. Un poco extraño sin duda que no se hubiese sabido nada de él en tantos años. Veinticinco años más tarde aparece su nombre de nuevo en África como comandante de otra legión. Sin duda es un dato que llama la atención, y estaréis de acuerdo con Marcos en que es un poco extraño.

El mismo autor nos habla de una revuelta de las tribus caledonias (al norte del futuro muro) que fue aplastada el 118 d. C. por el gobernador de la provincia. Hasta el año 122 d. C., la zona se mantuvo en relativa calma y fue en ese tiempo cuando el mismo emperador Adriano hizo un viaje por la provincia. ¿Pero qué sucedió para que la situación se volviese de nuevo beligerante?

Existen dos teorías al respecto. La primera defiende que el emperador fue hasta allí al enterarse de la fatídica noticia (aniquilación de la legión). La otra afirma que el detonante de la aniquilación fue precisamente esa visita imperial. Marcos nos dice que él es más partidario de la segunda.

Las tribus del norte no se tomaron demasiado bien la noticia de la construcción del muro. La edificación fue una consecuencia de la visita sobre el terreno del emperador. Fue entonces cuando los líderes de las tribus caledonias idearon un plan.

Enviaron mensajeros al legado de la VIIII para renegociar los tratados de paz. Querían demostrar que no había peligro para que se tuviese que levantar un muro defensivo. Con astucia instaron al legado a abandonar la seguridad de su campamento y este se hizo acompañar por un nutrido contingente de tropas para demostrar a las tribus neutrales cuál era el poderío de Roma. Eso acabaría de decantarles hacia la postura de que era mejor someterse a Roma que luchar contra ella. El legado se dirigió al punto acordado con intención de demostrarle a su emperador su buen hacer.

Pero la confianza le traicionó, y no se dio cuenta de que le habían engañado. Había caído en una trampa bien trenzada. Un poderoso ejército formado por una coalición de todas las tribus caledonias (cerca de treinta mil hombres) cayeron sobre la VIIII y la despedazaron. Se vengaron de la derrota que sufrieron años atrás en la batalla del Mons Graupius, del año 84 d. C. a manos del gran general Agrícola.

Esta teoría se acercaría mucho más a la que habla de la total destrucción de la legión. Tan sólo se salvó un pequeño

destacamento, comandado por el tribuno del que antes hemos hablado, Lucio Norvio Crispino. Tal vez escapó, tal vez se había quedado en el fuerte romano, o tal vez fue liberado tras haber sido apresado. La cuestión es que su nombre apareció años después en la III Augusta con el cargo superior de legado. Su silencio podría haberle valido un ascenso y un cambio de aires.

Lo que sí que sabemos por las fuentes es que semejante desastre atemorizó a Roma. Las obras para levantar el muro se aceleraron y este fue finalizado en un abrir y cerrar de ojos.

Especialistas en minimizar los desastres, los romanos trataron de ocultar ese episodio. Los propios cronistas no eran muy partidarios de difundir noticias de esta índole entre sus conciudadanos.

En el mismo 122 d. C., la legión VI Victrix ocupó el puesto de la VIIII hispana, procedente del Rin. Pero a la pregunta de cómo las fuentes nos hablan de destacamentos de la VIIII en la Germania Inferior en los años posteriores… No hay una respuesta clara. Es posible que el legado que cayó en la trampa no se llevase a toda la legión al completo. Tal vez dejó a los auxiliares en el fuerte y estos fueron enviados posteriormente a Germania. Eso siempre que la verdadera historia fuese la destrucción de la legión.

En este punto coincido con Marcos. Desde ese momento no hay más monedas acuñadas con la efigie de la VIIII Hispana, cosa que significará algo. Pero bueno, como siempre digo yo, lo bonito de la historia es que en ocasiones puedes quedarnos con la teoría que más te guste.

Lo que está claro es que las menciones posteriores a la legión son escasas. Siempre existe la posibilidad de que se rehiciese de nuevo con contingentes procedentes de otras legiones. Eso ya le sucedió tras ser prácticamente aniquilada durante la revuelta dirigida por Boudica en el año 61 d. C. Fue reforzada con dos mil legionarios provenientes del limes germano.

Es por ello por lo que quizás ambas teorías puedan coexistir. La VIIII pudo ser destruida casi por completo, y reconstruida de nuevo y enviada a otro punto del imperio, como les sucedió a otras muchas legiones a lo largo de la extensa historia de Roma. Pero eso es lo que yo creo, aunque te paso la pelota a ti para que te mojes, como ya he dicho al principio.

No se han encontrado restos arqueológicos que nos hablen de esa destrucción, por lo que la leyenda siempre planeará sobre la historia de la VIIII. Que cada cual se quede con la teoría que más le agrade, yo creo que Marcos se basa en hechos bien documentados, y eso hace que su teoría tenga una base sólida, pero en la historia hay

muy pocas cosas que se puedan afirmar al cien por cien. En cualquier caso, quiero dar las gracias a Marcos Uyá por permitirme usar el material de su investigación y hacer que llegue a mucha más gente.

8. Vida del emperador Juliano el Apóstata

8.1 Primera parte.

¿Sabías qué en un momento en el que el cristianismo se instauró como religión oficial en el Imperio romano, hubo un emperador que profesó la antigua religión pagana? ¿Sabías qué intentó reinstaurar el antiguo culto a los dioses pese a la oposición con la que se encontró?

Este es un personaje que a mí personalmente me encanta por los matices que su manera de pensar y de hacer conllevan. Fue un emperador romano que gobernó durante muy pocos años y al que apenas le dio tiempo a hacer todo lo que se proponía. Si hubiese disfrutado de más años de gobierno quien sabe lo que habría sucedido. Podríamos decir que le tocó dirigir el imperio en un momento poco propicio para sus ideas. Logró escabullirse del fatal destino que sufrieron sus allegados y hacerse con el poder imperial. Aunque sus ideas y su manera de entender el mundo, sobre todo en el aspecto religioso, le condujeron a un destino fatal.

Pero comencemos por el principio. Nació con el nombre de Flavius Claudius Iulanius, aunque pasó a la posteridad con el nombre de Juliano el Apóstata. Apóstata porque fue el último de los emperadores que profesaron la religión pagana en un momento en el que el cristianismo era la fe oficial del imperio.

Juliano nació en el seno de la dinastía que gobernaba el imperio por aquel entonces, la constantiniana. El miembro más conocido de esta fue Constantino el Grande, que gobernó el Imperio entre los años 306 y 337. Los primeros años junto a un socio de gobierno, y desde el 324 en solitario. Este emperador era el tío de nuestro protagonista, el hermanastro de su padre.

Juliano nació en torno al 331-332 en la ciudad de Constantinopla (la antigua Bizancio griega), la llamada “Nova Roma”. Como he dicho antes, el padre de Juliano era medio hermano de Constantino, medio porque compartieron padre (Constancio Cloro, emperador entre 293-306), pero no madre. Su madre, Basilina, era de origen griego, y procedía de buena familia. Ésta había sido bien instruida en el ámbito cultural, cosa que trató de hacer también con su propio hijo. Pese a que no pudo dedicarle demasiada atención ya que murió cuando este era pequeño.

La relación que tuvo el emperador Constantino con sus sobrinos y el resto de familia no fue ni mucho menos cordial ni buena.

Durante su reinado se encargó de alejar del trono a todos sus medio hermanos. De hecho, las fuentes afirmaron que Constantino llegó a deshacerse de su propio hijo, Crispino e incluso de su esposa, Fausta. Existían rumores de que podría ser que ambos hubiesen mantenido un tórrido romance a espaldas del emperador Este, valiéndose de las leyes que él mismo había promulgado, acabó por deshacerse de su propio hijo y después hizo lo propio con su esposa.

Pero al final de su reinado, su visión de los hechos varió considerablemente. Atrajo a todos sus medio hermanos y a los descendientes de estos que había mantenido tan lejos hasta entonces, e inició entonces una política de matrimonios destinada a fortalecer esos lazos. Estos matrimonios llegaron a ser entre primos, práctica que como sabemos, se mantendría por las monarquías europeas hasta nuestros tiempos.

Cuando el gran Constantino falleció, allá por el 337, y cuando Juliano era tan sólo un niño, la cosa cambió. Sus descendientes directos, sus hijos, que fueron los que heredaron y se repartieron su imperio, Constantino II, Constancio II y Constante, actuaron de una manera distinta a su padre. Había demasiados candidatos al trono como para jugársela, y fue por ello por lo que iniciaron una política de terror y de persecución de sus propios familiares.

El que más se esmeró en esa tarea fue Constancio II, aunque debemos decir que los otros hermanos tampoco es que se lo impidiesen. Sabemos que eliminaron a nueve familiares directos que podían poner en peligro el trono. Uno de los desafortunados fue el padre de Juliano, que se llamaba Julio Constancio. En cualquier caso, ni Juliano ni su medio hermano Galo fueron eliminados y todavía hoy en día se desconoce el motivo por el cual se les perdonó la vida, pero en cualquier caso la suerte estuvo de su parte. Tal vez al ser tan jóvenes a priori no suponían una amenaza para los nuevos Augustos.

Juliano pasó a estar bajo la tutela de un obispo, de nombre Eusebio, que con el tiempo pasaría a ser el Patriarca de Constantinopla. Al fallecer este hombre de Dios, el joven fue enviado a Capadocia, donde, junto a su hermanastro Galo recibió instrucción y educación conforme a su estatus social Aunque parece ser que la realidad fue distinta, y fue más bien una manera de tenerlos controlados y vigilados.

Galo, mayor que Juliano, fue asociado al trono por Constancio II en el año 351, maniobra que llevó a cabo cuando sus dos hermanos que cogobernaron varios años con él murieron en combate. El primero, Constantino II en el 340, a manos de Constante, por la

disputa de unos territorios. El propio Constante pereció en el 350 a manos de un usurpador al trono, un tal Magnencio.

Según parece este Galo era una pieza, y Constancio II, mandó su ejecución en el 354. Se dice que además de sus desmanes, algunos consejeros del emperador tuvieron algo que ver ya que le comieron la oreja sobre una posible conjura para entronizarle, y ya sabéis que Constancio II no se andaba con tonterías. Al ver su posición amenazada movió ficha.

En cuanto al usurpador del que antes os he hablado, un tal Magnencio fue derrotado en el 353 por las tropas de Constancio II. Sin ningún oponente más, todo el imperio pasó a estar bajo su control.

El emperador no tuvo descendencia, por lo que seguramente vio en Galo un posible heredero, que a la postre resultó ser un fiasco. Tras la ejecución de este, le quedaron pocas opciones de herederos. Por ese motivo, se vio forzado a proclamar César a su sobrino Juliano en noviembre del año 355 en Milán. El hecho de no haber tenido hijos con ninguna de sus dos esposas fue quizás la razón de tenerse que conformar con él. Al fin y al cabo, era el único miembro de su familia que quedaba con vida. Tras ser nombrado heredero al trono, Juliano, un jovenzuelo de apenas 24 años, fue enviado a la Galia para desempeñar el cargo de gobernador.

8.2. Segunda parte

Dejamos a nuestro protagonista recién nombrado César, por lo tanto, heredero del Imperio y de camino hacia la Galia. Allí se encontró una situación compleja, ya que tuvo que hacer frente a las invasiones de varios pueblos germanos. En ese momento no tenía experiencia militar alguna y además su ejército no era muy numeroso ya que eran los restos del que había sido derrotado y que había servido a las órdenes del usurpador Magnencio. Fruto de ello, Constancio II no se acababa de fiar de esos hombres, por eso envió a su sobrino allí. Pretendía tenerlos controlados a ellos ya a él, a la vez que vigilaba la frontera de los posibles ataques de las tribus germanas.

Los ejércitos romanos de este siglo IV no tenían ya nada que ver con los tan numerosos del alto imperio. Las legiones de este período eran menores en cuanto a efectivos. Eso, sumado a las guerras civiles previas que se habían dado en esos momentos, hizo que los efectivos disponibles fueran más reducidos de los que Juliano hubiese querido tener. Las fronteras quedaron más desguarnecidas,

y fue por ello por lo que el paso quedó franco para las tribus germanas del otro lado del río. Estas entraron sin oposición alguna a los territorios del imperio.

En esos momentos los ejércitos romanos se dividían en dos clases, los llamados Limitanei y los Comitatense. Los primeros eran ejércitos encargados de vigilar las fronteras y eran en teoría de más baja calidad. Los segundos eran ejércitos móviles que se desplazaban a los puntos donde eran necesarios. Estos Comitatenses estaban mejor preparados e iban mejor pertrechados que los otros. Esa diferencia de formación y calidad podía ser clave para hacer mejor o peor las tareas asignadas.

Eso fue lo que se encontró nuestro joven César tan pronto como llegó a su destino. En lo que respecta a los germanos, debo decir que su intrusión no siempre se hizo a la fuerza. En algunas ocasiones también fueron invitados por uno u otro gobernante o aspirante al trono para que le ayudasen. Prestaron sus servicios en calidad de tropas mercenarias, y claro cuando estás dentro y ves lo que te ofrece Roma, ¿cómo vas a volver a lo que tenías antes?

Eso fue lo que pensaron los francos y los alamanes (las dos tribus más importantes de esa parte de la frontera). Tras colaborar con Constancio II en su guerra contra Magnencio, no se volvieron a sus tierras. En lugar de ello se quedaron en territorio romano y se dedicaron a hacer de las suyas. Las fuentes del momento nos confirman que se hicieron con un total de cuarenta y cinco ciudades romanas. Tras haberlos usado para su fin, ahora tocaba deshacerse de esos molestos aliados. Juliano era el encargado de tal cometido, que a la postre se aventuraba complicado.

Por suerte para nosotros, contamos con la obra que escribió el historiador Amiano Marcelino, oriundo de Antioquía y que vivió en ese período. Amiano redactó una serie de treinta y un libros que abarcaban la historia del imperio entre los años 96 y 378 d. C. Es decir, desde el reinado de Nerva hasta el de Valente y el consecuente desastre de Adrianópolis. Por desgracia, y como siempre pasa, tan sólo han llegado hasta nuestros días los últimos dieciocho volúmenes de tan colosal obra. Aunque narre acontecimientos tan antiguos, tenemos que darles más veracidad a aquellos que vivió él en persona. Fue testigo de los mismos y es por ello por lo que nos da en ocasiones descripciones muy detalladas de lo acontecido. En cualquier caso, aunque hubiese vivido esos momentos, siempre hay que coger con pinzas esa información. Su imparcialidad seguro que afectó a la redacción de la obra ya que sabemos fue claramente favorable a Juliano.

En cuanto a la campaña, la primera fase se inició en el verano del año 356. En ella, las tropas de Juliano debían frenar el avance del ejército Alamán que había traspasado la frontera. Esa campaña se hizo coordinadamente con las tropas de Constancio II, que fue quien la lideró. Juliano se encargó de perseguir durante toda la campaña a los bárbaros y apenas pudo enfrentarse a ellos en campo abierto. Se produjeron unas cuantas escaramuzas, pero ninguna que fuese relevante. Aunque le sirvió para ver como esa tribu se había hecho con el control de numerosos enclaves romanos fronterizos.

La segunda fase se inició en el verano del 357. Justo después de haber tenido que soportar un asedio en su campamento de invierno por parte de los germanos. Ninguno de los generales romanos acudió en su ayuda, tal vez por decisión propia o por mediación del emperador. La cuestión fue que Juliano resistió el asedio y con el buen tiempo reemprendió las operaciones.

Para esa fase de la campaña, Constancio II envió a apoyar a su sobrino a uno de sus generales. Este, de nombre Barbacio, acudió con un ejército de veinticinco mil hombres. El problema fue que Juliano y él tuvieron serias dificultades para entenderse. Hasta el punto en el que Barbacio no obedeció las órdenes del César a la hora de plantear la estrategia para atacar a los alamanes. Estos aprovecharon las desavenencias entre los romanos y atacaron al ejército de Barbacio obligándole a replegarse, así que Juliano se encontró solo frente a su enemigo, aunque en lugar de replegarse decidió plantar cara de una vez por todas, ya que esa era la primera ocasión que se le ofrecían a combatir en campo abierto.

Avanzó hasta las cercanías de Argentorarum (actual Estrasburgo). El ejército romano se dispuso en dos líneas y colocó toda su caballería en el flanco derecho. El total de efectivos que desplegaron ascendía a unos trece mil. Sobre el ejército germano poco se sabe, y pese a que las fuentes del momento hablan de treinta y cinco mil hombres, serían cifras muy elevadas a mi parecer Se tiende a barajar el número de veinte mil a lo sumo.

El ataque se inició en el ala derecha romana. La caballería fue superada por la de los germanos, y se retiraron, haciendo que el propio Juliano se viese obligado a acudir hasta allí para frenar a sus tropas que huían. La primera línea de infantería romana fue también superada y la segunda se vio obligada a intervenir para evitar el desastre. Estos que eran más veteranos lograron aguantar la acometida de los bárbaros, los rechazaron y posteriormente los persiguieron en su huida.

Según Amiano, los romanos infligieron cerca de seis mil bajas a

los alamanes. La disciplina romana fue vital para aguantar y las unidades legionarias y auxiliares de la retaguardia actuaron de manera eficaz. El nuevo César había logrado salir victorioso de un enfrentamiento que a priori pintaba muy mal para él y eso le iba a servir de trampolín para lo que estaba por venir.

8.3 Tercera parte

Tras el éxito abrumador contra los alamanes, el César aprovechó para lanzarse a la persecución de los bárbaros. Se inició entonces una dura campaña que duró dos años más. Juliano se encargó de recordar a los germanos cuál era su orilla del río, y que no debían cruzarla jamás.

Con el paso de los años la relación con su tío Constancio II se fue deteriorando. Los motivos principales fueron sobre todo el éxito cosechado por el César en sus campañas militares, así que parece ser que como venía siendo habitual, el emperador vio peligrar su trono.

El detonante de esta situación llegó en el 360, cuando el ejército de Juliano le proclamó emperador en la ciudad de Lutecia (la actual París). Parece ser que Constancio II había ordenado el traslado de las tropas de Juliano a la frontera oriental. Los requería para llevar a cabo una campaña militar contra los persas. Ante esa orden, los hombres del César dijeron que no la cumplirían, ya que no querían alejarse tanto de sus hogares. Ahí fue donde intervino Juliano, que con un movimiento maestro supo jugar bien las cartas y se posicionó junto a sus hombres negándose él también a cumplir el mandato imperial. Los suyos le aclamaron y le “obligaron” a aceptar el nombramiento. Podría ser que el César hubiese aprovechado las circunstancias o simplemente que se encontrase con la aclamación popular de sus tropas, aunque eso no se puede confirmar con seguridad.

La guerra civil era pues inevitable de nuevo. Tras haber derrotado a los bárbaros y haberlos conseguido expulsar, la situación volvía a complicársele. De nuevo volvían a repetirs algunos errores del pasado. Pero en ocasiones la fortuna se alía con algunos y Constancio II falleció repentinamente el año 361 a causa de unas fiebres mientras se dirigía al frente de su ejército hacia la Galia para reprimir el levantamiento de su sobrino.

Así fue como sin necesidad de combatir, nuestro joven Juliano pasó a convertirse en el nuevo emperador. Tras haber sobrevivido a una infancia no exenta de riesgos, había sido capaz de convertirse

en un buen militar. Además de eso, en un gobernante ideal para el imperio más poderoso del mundo. Aunque todo no iba a ser tan bonito y en ocasiones lo que bien empieza, mal acaba.

Pero vayamos poco a poco.

Hablemos ahora un poco sobre cómo era Juliano.Debemos aclarar por qué pasó a ser conocido por la historiografía como el Apóstata. Esa palabra se refiere a cualquiera que abandona sus ideales o su religión públicamente para seguir otros diferentes. Y eso es lo que hizo precisamente Juliano.

Aunque había sido educado al igual que todos los de su familia en la fe cristiana, no la profesaba. Antes dije que convivió con un obispo y a esto debo añadir que fue ordenado miembro del clero de rango inferior, y obviamente eso le llevó a participar en las misas y ceremonias religiosas de carácter oficial. ¿Qué fue entonces lo que hizo que rechazase la fe del imperio?

Sabemos con certeza que estudió a los grandes clásicos griegos y romanos. Eso seguramente hizo que su fe siguiese el camino de esos eruditos. Lo raro habría sido que no hubiese recibido influencias de ellos. Cuando creció un poco más, se fue a Atenas a estudiar y allí se profundizó en la corriente del neoplatonismo, que estaba cargada de un fuerte componente místico.

Cuando fue nombrado César, tuvo que mantener las apariencias. Por ello tuvo que seguir asistiendo a las misas cristianas para no levantar sospechas. Pero una vez se levantó en armas contra su tío, buscó una alianza con Atenas. En ella invocó al espíritu de los antiguos dioses para ganarse el favor de los atenienses (donde todavía estaba muy presente el paganismo).

Eso no quiere decir que rechazase el cristianismo, quizás por el hecho de no renunciar a ningún aliado que profesase esa fe. No era bueno cerrarse todas las puertas.

Amiano nos dice que físicamente era menudo y algo desgarbado. Sus hombres le apodaban “el pequeño griego”, “griego pedante", “lunar parlante” o “topo locuaz” Se dejaba una larga barba, un estilismo poco común en su época y más helenizante si cabe.

Por desgracia, su reinado fue breve, no llegó a los tres años. Sus políticas en todos los ámbitos, incluido el religioso, apenas afectaron y no tuvieron incidencias a largo plazo. Quién sabe lo que hubiese sucedido si hubiese podido gobernar durante más años. ¿Se habría restaurado el culto a los antiguos dioses? ¿Se habría erradicado el cristianismo? ¿Habrían convivido las dos religiones?

No tengo una respuesta clara para esas preguntas, pero parece ser como he dicho antes que él fue tolerante con el cristianismo.

Sabemos que intentó posicionar el antiguo culto por delante del nuevo, pero jamás atacó ni persiguió a los cristianos.

Fue entonces cuando puso los ojos en Oriente, concretamente en el reino persa. Esa campaña la había preparado su predecesor y fue la misma para la cual había reclamado las tropas que iniciaron el levantamiento que le llevó a él a ocupar el trono. Como siempre, los persas no habían cesado en su empeño de ganar territorios a Roma en la frontera oriental.

El propio Constancio II tuvo que estar siempre pendiente de ese frente. Desde el 357 las hostilidades de los persas, de la mano de su rey Sapor II, fueron incrementando. La frontera oriental siempre fue muy inestable y fue así, cuando en el 359, los persas atacaron por sorpresa a los romanos. En lugar de acceder por Mesopotamia, la ruta más normal, lo hicieron más al norte, atacando a ciudad de Amida.

Al siguiente año, todo continuó igual, aunque los persas frenaron su avance. Juliano decidió que el 362 debía ser él quien se adelantase, por ello encabezó la expedición contra Persia. Al hacerlo se ponía al frente del que había sido el ejército de su tío y eso implicaba la necesidad apremiante de lograr una victoria y conseguir de esa manera de confianza de esos hombres que apenas le conocían. Buscaba obtener prestigio y gloria militar. En el fondo el emperador deseaba emular a uno de sus grandes héroes de la tradición clásica, a Alejandro Magno. Eso fue lo que le llevó a lanzarse en pos de la conquista del imperio del eterno enemigo.

Preparó una exhaustiva campaña, y se preocupó de hasta el más mínimo detalle. Las fuentes hablan de que movilizó un ejército de cerca de sesenta y cinco mil hombres, más veinte mil encargados del aprovisionamiento. No sabemos si las cifras eran exageradas. En cualquier caso, se trataba del ejército más numeroso que se había movilizado para una campaña en todo el s. IV.

Durante el inicio de la campaña el ejército de Juliano sorprendió a los persas. Los romanos avanzaron bordeando el Éufrates (cosa poco habitual), aunque tras el impacto inicial los defensores usaron la táctica de la tierra quemada y la destrucción de presas. Eso hizo que el avance por parte de los romanos se ralentizase. Se refrenó un poco más, pero en un mes los romanos se plantaron en Ctesifonte, una de las capitales del imperio. Todo ello tras haber sometido diferentes ciudades a orillas del río, aunque no podían alejarse del mismo, ya que el avituallamiento se desplazaba en las barcazas que navegaban en paralelo al ejército terrestre.

Tras pensárselo detenidamente, decidió no asaltar la ciudad, ya

que se enteró de que Sapor II estaba de camino con el ejército principal. Optó por replegarse y al cabo de poco los persas les dieron alcance. La caballería de Sapor les sometió a un hostigamiento constante y en junio del 363 se produjo un choque entre ambos ejércitos. El pobre Juliano, que con las prisas se había olvidado poner su armadura, fue alcanzado por una lanza.

Es en ese punto donde surge la controversia. Unos dijeron que fue un persa quien le hirió, aunque comenzaron a circular rumores de que había sido uno de sus propios soldados. Se decía que porqué estaba disgustado por haberlos llevado tan lejos para tener que retirarse, e incluso llegó a rumorearse que lo quisieron matar por profesar la fe pagana.

En palabras del biógrafo Amiano Marcelino:“Entonces sin que se supiera su procedencia, de repente, la lanza de un soldado de caballería, tras pasar rozando la piel de su brazo, le atravesó las costillas y se hundió en la cara inferior de su hígado”.

Fuera cual fuese el motivo, eso dio igual, ya que, al cabo de pocas horas, Juliano falleció. El breve reinado del emperador apóstata, había llegado a su fin.

Su sucesor fue un tal Joviano, uno de sus oficiales de más alto rango de su estado mayor. Al nuevo emperador no le quedó más remedio que parlamentar con Sapor II y buscar una salida pactada. El objetivo principal consistía en poder sacar de allí el gran ejército romano, aunque se viese forzado a tener que firmar unas condiciones que fueron humillantes para los romanos. Sus soldados y oficiales quizás no le llegaron a entender, pero fue la única vía de escape posible que tuvo el nuevo gobernante.

Para finalizar y a modo de conclusiones, podríamos afirmar que Juliano trató de reestablecer las estructuras religiosas de la antigua fe. Y que siempre lo hizo en connivencia con el cristianismo. Quiso volver a lo antiguo sin descartar lo nuevo, por lo que buscó que ambas religiones pudiesen coexistir. Jamás persiguió a aquellos que profesaron una fe contraría a la suya, aunque si es cierto que tomó algunas medidas contra ella, como la de prohibir que los maestros cristianos enseñasen retórica.

Tras su muerte, la nueva religión (que a la postre era la Antigua) desapareció rápidamente. Los clérigos fueron recobrando poco a poco sus antiguos privilegios, incluyendo el de la retórica. Joviano era cristiano y buscaba afianzar su posición por lo que no hizo mucho hincapié en este tema.

El legado de Juliano no perduró demasiado, y pasó a los anales de la historia de Roma como otro de los emperadores que gobernó

durante pocos años. Debo decir que esa lista fue o es muy extensa y que hay documentado algún otro emperador casi al final del imperio romano de occidente que intentó hacer reflotar la antigua religión politeísta, con escaso éxito, ya que el cristianismo estaba bastante arraigado.

El proyecto de nuestro protagonista se quedó tan sólo en eso y me atrevo a vaticinar que, si hubiese tenido más tiempo y quizás más apoyo, tal vez hubiese logrado hacer un buen trabajo. Pero por desgracia la buena fortuna que le acompañó al principio de su vida se volvió en su contra después. ¿Qué hubieras hecho tú si hubieses estado en su lugar? Luchar contra el cristianismo e intentar imponer una religión me parece una tarea muy complicada, pero es cierto que siempre hay gente que se sabe sobreponer a las dificultades y acepta los retos que la vida le presenta.



EL IMPERIO ROMANO DE ORIENTE

1. Los regimientos de los bucellarii

¿Sabías qué existía un tipo de regimientos militares que servían a personajes relevantes como ejércitos privados en el imperio romano tardío?

Empecemos por el origen de la palabra que les da nombre. Sobre su origen podemos decir que existen varias versiones. La primera es la que hace referencia al bucellatum, una especie de pan seco en forma de galleta que consumían los soldados en campaña. Quizás la relación entre ese pan y el soldado fuese más estrecha de lo que parece y tomaran el nombre del alimento, de ahí que los bucellarii fueran los comedores de bucellatum. La otra versión sobre el origen del término sería la que sugiere que puede proceder de la palabra bucula, que era la parte del yelmo que cubría la boca y las mejillas de su portador

Tras el duro revés sufrido por parte de los romanos frente a los godos en la batalla de Adrianopolis del año 378, todo pareció cambiar. Sobre todo, a nivel de las estructuras del ejército. Ese desastre, porque es lo que fue, en ese caso para la parte oriental del

imperio, pero en definitiva para todo, marcó un antes y un después en la historia de las todo poderosas legiones. Ya nunca se volvería a reunir un ejército de tal magnitud y la infantería pasaría poco a poco a un segundo plano, aunque jamás dejó de utilizarse en batalla. Las unidades de caballería pasarían a convertirse en el elemento básico en todo ejército que se preciase.

Los romanos se dieron cuenta de que era un tipo de tropa muy superior, y que sus enemigos del momento las empleaban en gran número por lo que debían adaptar su estilo de combate para poder plantarles cara con suficientes garantías. Estaba claro que tocaba renovarse o morir. >Además, los contingentes a pie disminuyeron cada vez más en número en detrimento de los de caballería.

Poco a poco comenzaron a aparecer pequeños ejércitos privados. Éstos fueron formados por los propios terratenientes que se encargaron de formar sus propios regimientos, costeados de sus bolsillos y que llegado el caso ponían bajo las órdenes del propio emperador. Estas nuevas unidades que conformarían los ejércitos de los señores pasaron a ser conocidos como los regimientos de bucellarii.

Eran mayormente tropas montadas y su reducido número, en comparación a los ejércitos anteriores, hacía que fuesen muy maniobrables. Los nuevos regimientos variaban en número de efectivos según el poder económico de su señor. Como ya he dicho antes, eran mayormente formados por caballería, aunque recibían el apoyo de unidades de infantes.

Las circunstancias del momento, y sobre todo los enemigos con los que tocaba combatir, habían cambiado el arte de la guerra. En época republicana y alto imperial, la base de todo ejército romano era la infantería legionaria. La caballería cumplía la función de apoyo o de exploración, ahora era justo lo contrario.

En cuanto a los hombres que conformaban estos regimientos debo decir que no solo eran romanos, es decir habitantes del imperio, sino que también se nutrían de elementos procedentes de tribus bárbaras que combatían o que habían combatido contra Roma, los llamados pueblos bárbaros. Era esencial que fuesen valientes, el origen era lo de menos. Como lo hacían a cambio de monedas, eran más bien tropas de mercenarios a los que poco les importaba en que bando luchar.

La inclusión de estos jinetes no romanos, muy hábiles con armas como el arco, les dio un plus de calidad a estos regimientos. Esa influencia fue haciendo que las tropas que los componían se fuesen especializando, y además de portar espada y arco, se añadiese el

hecho de que efectuaban unas cargas con lanza mortíferas. A lo largo del siglo V, veremos cómo este tipo de tropas serán utilizadas por varios de los grandes generales del momento.

Un ejemplo claro fueron grandes hombres con cargos importantes cómo el gran Flavio Aecio, o el mismo Estilicón, este último no era romano, pero sirvió a Roma como uno de sus mejores oficiales. Estos soldados, además de combatir (eran la élite del ejército cuando se reunía), cumplían con tareas de escolta de sus señores.

Cuando el Imperio Romano de Occidente sucumbió, su heredero directo fue el de Oriente. Éste, con capital en Constantinopla, sería conocido por las fuentes historiográficas más modernas como Imperio Bizantino, y heredó todas sus costumbres. Entre ellas estaban, como no, los regimientos de bucellarii.

Se sabe que hacia el año 468, el emperador León I, emitió un edicto para limitar el uso de este tipo de ejércitos privados. Lo que pretendía en cierto modo era poner freno al creciente poder que esos señores estaban adquiriendo, quizás por miedo a que alguno de ellos se plantease disputarle el trono. Aunque esa era la intención inicial, la medida apenas limitó en algo la creación de esas tropas.

Los grandes generales de principios y mediados del siglo siguiente, el VI d. C., como el gran Flavio Belisario, el mismo Narsés o Mundo (todos ellos oficiales bajo las órdenes del gran emperador Justiniano), llegaron a tener regimientos propios de hasta siete mil hombres. Cabe decir que fueron integrados en los ejércitos imperiales sin problema alguno y que jamás ninguno de ellos se alzó contra su emperador. Pese a que el juramento de fidelidad era hacia su valedor, o en este caso, hacia su pagador, estos rendían cuentas al emperador al fin y al cabo y sangraban por él en nombre de su oficial al mando.

Este tipo de tropas, por su efectividad y su valía fueron usadas en grandes campañas del momento. Claro ejemplo fueron las guerras que tuvieron lugar en Oriente entre los romanos y persas Sasánidas. O las posteriores campañas de recuperación de territorio llevadas a cabo por Belisario, tanto en el norte de África como en la misma Italia.

En definitiva, los regimientos de bucellarii, fueron una unidad tardo romana de élite que pervivió después de la caída de la parte occidental del imperio. Pese a formar parte de ejércitos privados (sus señores se encargaban de pagarles), formaron parte del imperial. Su valía les hizo tomar parte en los conflictos más relevantes de su época, sobre todo en los primeros años del imperio

romano oriental y perduraron durante muchos siglos más, demostrando que eran una fuerza de choque temible, a la que sus enemigos temieron y aprendieron a respetar. Seguro que como a mí, te hubiese gustado formar parte de un regimiento de este calibre.

2. El fuego griego

¿Sabías qué los romanos de Oriente tenían un arma secreta que les permitió hacerse fuertes durante varios siglos y rechazar varios intentos de conquista de su capital? ¿Sabías qué a esa poderosa arma se la llamó fuego griego?

En su origen, este término hacía referencia a otro tipo de arma, no al que usaron los herederosdel imperio romano. Para saber algo más, debemos remontarnos al año 214 a. C., concretamente al asedio de la ciudad siciliana de Siracusa.

Las tropas romanas bajo el mando de Marco Claudio Marcelo y su poderosa flota fueron incapaces de acabar con la resistencia de la ciudad griega. La culpa la tuvo un sólo hombre: el brillante inventor, físico y muchas otras cosas, llamado Arquímedes. Fue él quien destruyó parte de la flota invasora usando una especie de fuego similar al que posteriormente crearían los romanos de oriente.

Aunque las fuentes del momento no especifican en qué consistía está nueva arma, sabemos que causó auténtico pavor entre los romanos. Pero la mala fortuna quiso que un legionario acabase prematuramente con la vida del sabio, por lo que el secreto se fue con él.

El fuego griego, tal y como lo conocemos a través de las fuentes, fue creado muchos siglos después. El encargado de dar con la fórmula magistral fue un refugiado cristiano sirio, que se llamaba Calínico. Este llegó a la ciudad de Constantinopla poco antes del primer gran asedio por parte de los árabes (674-678 d. C.). Parece ser que este hombre era ingeniero, originario de la ciudad de Heliópolis y que pudo basarse en otros estudios previos de alquimistas para poder lograr la formula correcta. Entre los estudios que Calínico consultó destacaría un tratado escrito por Esteban de Alejandría, un gran alquimista, óptico y astrónomo del mundo antiguo.

En lo que respecta al fuego griego en sí, debo decir que hoy en día no se sabe con exactitud cuál era la formula exacta para producirlo. Parece ser que los romanos de oriente la guardaron con mucho esmero. Se piensa que sólo unos pocos afortunados conocían la formula química, cosa que evitaba que llegase a oídos de los enemigos, tanto internos como externos. Pese a eso, se sabe, por investigaciones recientes que la mezcla original debía contener nafta (una parte del petróleo conocida como bencina), azufre,

posiblemente amoníaco y algo de resina. Otros estudios han propuesto que podía contener además otras sustancias, cómo la cal viva o el nitrato.

En documentos de la antigüedad, se hace referencia a humo y truenos cuando aparecía dicho elemento. Parece ser, que cuando una reacción forma una gran cantidad de gases, estos pueden expandirse y generar altas presiones. Esto lo que provoca es que haya explosiones.

A su vez, se sabe en la actualidad, que los gases (humo) desprendidos por elementos como el azufre o el amoníaco, son altamente tóxicos y venenosos.

Por tanto, estamos ante una poderosa arma, que se podía usar tanto en el mar como en tierra. Aunque fueron los barcos de la época, los llamados dromoi, los que más utilizaron esta letal arma, sabemos que también se emplearon como armas en los asedios y en los ataques Hay también constancia de la existencia de una unidad de infantería que portaba una especie de lanzallamas de tamaño reducido, llamados cheirosiphones, que servían para repeler los ataques. Estos infantes recibían el nombre de siphonarios.

Y es que una vez se lanzaba el fuego, en el caso de estar en el mar, era igual que tocase el agua, pues continuaba ardiendo. Se dice que incluso debajo del agua no se apagaba, y que ésta lo que hacía era justo lo contrario, lo avivaba, por lo que no era adecuado usarla para tratar de extinguirla. Se sabe que el uso de la arena, el orín o el vinagre ayudaban, aunque en alta mar, estos elementos eran poco viables.

Como ya he comentado anteriormente, fue muy utilizado por las naves de guerra, hasta bien entrado el siglo XIII d. C. Además de ocasionar enormes daños materiales y humanos entre las embarcaciones enemigas, generaba un estado de pánico entre sus tripulaciones. No tan sólo por el hecho del daño físico que ocasionaba, sino por el temor que generaba a nivel de superstición el hecho de que no se pudiese apagar ni con agua. Todo lo contrario, cuanta más agua se le echaba, más prendía. Para esos hombres de la antigüedad, eso no podía significar más que brujería.

Pero ¿cómo se usaba este fuego? Sencillo. Las naves de guerra lanzaban la mezcla a través de unos largos tubos (sifones), que estaban ubicados en la cubierta o en los cascos de las naves. Al tocar el agua, empezaba a prender e incendiaba todo con lo que se cruzaba, embarcaciones, hombres…

Debo decir que fue un arma fundamental para frenar el avance del islam sobre el Imperio Romano de Oriente. Sobre todo, durante

los dos primeros asedios que sufrió la capital, Constantinopla, ante ese nuevo e implacable enemigo. Tanto en el primer intento, el del 674- 678, como en el segundo, que tuvo lugar entre los años 717-718, las flotas árabes fueron diezmadas por el uso del fuego griego. Sin duda su empleo fue decisivo para decantar la balanza a favor de los defensores.

Además del sistema instalado en los navíos de guerra, y de las armas portátiles que llevaban algunos infantes en tierra, hay testimonio en las fuentes que nos hablan de que los marineros también disponían de una especie de recipientes de cerámica de pequeñas dimensiones que iban rellenos de esta misma mezcla letal. Eran una especie de granadas de mano que podían arrojar a las cubiertas de los barcos enemigos, ocasionando de esa manera el mismo efecto y destrucción.

Pero si fue un arma tan eficaz, ¿por qué se dejó de utilizar o que hizo que cayese en desuso?

Las causas exactas no se conocen, tan sólo se puede afirmar que parece que con el tiempo comienza a dejarse de producir. Existen varias teorías que pueden explicar este hecho, aunque más bien se trata de conjeturas e hipótesis más actuales.

Una de ellas se basa en el propio secreto de su elaboración. Como ya he dicho antes, eran pocos los privilegiados que conocían la composición de la formula y las proporciones justas para crearlo. De ahí, que, con el paso del tiempo, el secreto, del cual los propios emperadores eran conocedores, fuese manteniéndose más oculto. Sobre todo, por miedo a que sus propios generales lo usasen para intentar hacerse con el poder. Se produjeron varias guerras civiles y levantamientos durante esos siglos, y no hay duda de que el fuego griego era un arma que podía decantar la victoria de un lado u otro. Por ello, cada vez era menos gente la que conocía el secreto. Tal vez fue el propio miedo, el que lo condenó al olvido.

Otra teoría habla de las limitaciones en su uso. El fuego se entregaba únicamente a la marina imperial que protegía la ciudad de Constantinopla. No estaba al alcance de todas las flotas repartidas por el Mediterráneo, seguramente por el hecho que antes he comentado, para que no se aprovechasen de él en beneficio propio. Pero que cada uno saque sus propias conclusiones.

La fecha exacta en la que se dejó de utilizar no la podemos concretar, aunque actualmente hay registros que nos demuestran que se podían haber usado los elementos portátiles para la defensa de la propia capital durante el asedio de 1453 que acabó con la toma de la ciudad por parte de los turcos. En fin, un arma que

podríamos considerar de las más letales de la antigüedad, podría decirse que por sus efectos entraría a formar parte de las armas de destrucción masiva. Imagínate si se hubiese continuado usando y hubiera caído en manos poco adecuadas, el daño que se podría haber ocasionado. Espero que lo que te he expuesto sirva de reflexión para que saques tus propias conclusiones sobre un asunto tan polémico hoy en día como es el uso de según qué tipo de armamento. Te lanzo una última pregunta. ¿Crees que el fin justifica los medios?

3. La guardia Varega

¿Sabías qué los emperadores de la Roma oriental, los posteriormente llamados bizantinos, se rodearon de una guardia personal formada por vikingos del norte?

Estos hombres fueron conocidos como la guardia Varega y en las siguientes líneas te voy a explicar algo más sobre ellos. Aunque nos adelantamos un poco en la historia, y nos adentramos quizás un poco más en la edad media, creo que el tema que vamos a tratar merece la pena. Es por ello por lo que hoy quiero hablarte sobre esta guardia de corps un tanto diferente a las que ya conozcas. no hayas oído hablar jamás de ellos, pero te garantizo que después de esto, veras las cosas de otra manera.

Para comenzar te voy a decir que esta guardia era de origen nórdico, por lo tanto, el primer aspecto para tener en cuenta es que no eran oriundos de ninguna de las provincias que conformaban el imperio. Es por ello por lo que nos hallamos de nuevo ante otro tipo de guardia personal reclutada en el extranjero, más allá de las fronteras. guerreros, los emperadores romanos tuvieron que buscar muy lejos, y es por ahí por donde voy a comenzar.

Para ello viajaremos hasta la Constantinopla del siglo X d. C. aproximadamente ya que fue en ese momento, durante el reinado del emperador Basilio II, cuando este firmó un tratado con un rey rus de Kiev. A través de este se hizo con los servicios de un nutrido contingente de estos soldados procedentes del norte. Su intención no era otra que convertirlos en su guardia personal.

¿Y por qué debía cambiar a sus hombres por unos extranjeros te estarás preguntando? Muy sencillo, pues por lo de siempre, por el mismo motivo por el que algunos emperadores romanos hicieron lo propio con la guardia pretoriana, sustituyéndola por hombres de pueblos de más allá de sus fronteras. Porque no se podían fiar de ellos, ya que eran propensos a cambiar de chaqueta como el que se cambia hoy en día de ropa.

Empezaremos por el principio, por la etimología de la propia palabra. Como he dicho al principio, estos Varegos eran hombres del norte. Pero debo aclarar que no eran rusos, tal y como puede deducirse de la palabra rus. Esa era la denominación que se les daba pese a que se trataba de vikingos. Si, hombres de Escandinavia, para ser más exactos, guerreros procedentes de Suecia. Estos se habían establecido en las riberas del río Volga y allí habían llegado a fundar algunas colonias que fueron creciendo en importancia a lo

largo del siglo VIII.

El origen etimológico del vocablo Varingjar, que es el que ha llegado hasta nosotros a través de las fuentes, proviene de la lengua antigua de este pueblo. Hacía referencia a un grupo de guerreros que se vinculaban a un señor a través de un juramento de fidelidad, al estilo feudal que todos conocemos. A su vez, su señor, se comprometía a hacerlos participes de los botines que consiguieran. La traducción literal de la palabra vendría a significar “promesa” o “palabra de honor”.

En cuanto a este pueblo de los rus, como no dejaban de ser vikingos, es decir hombres sedientos de botín, pronto se fijaron en la rica Constantinopla. Así que en el año 860 montaron una expedición para atacarla. Las fuentes del momento nos hablan de que los invasores, entre los que estaban los Varegos, consiguieron entrar por sorpresa en los suburbios de la capital. Los romanos de oriente no se dieron cuenta de su llegada a tiempo. Estaban pendientes de otros asuntos como la amenaza árabe, así que los invasores, como era habitual en ellos, pasaron a fuego y cuchillo a todos los que se cruzaron en su camino.

Fueron muy listos y aprovecharon la ausencia de la poderosa flota romana. Las tropas terrestres eran escasas, y poco pudieron hacer frente a esos temibles invasores. Con más de doscientos barcos y cerca de ocho mil hombres sembraron el caos durante unos meses. Aunque sabemos que se retiraron posteriormente sin poder traspasar las murallas. Se supone que lo hicieron al enterarse del regreso del ejército y la flota imperial.

Posteriormente, en el año 907, los rus decidieron asaltar de nuevo el territorio circundante de Constantinopla. Aunque en esa ocasión llevaron más hombres y naves, tampoco consiguieron traspasar los muros. A los pobres romanos, agotados por tantas guerras, no les quedó más remedio que pactar con estos vikingos. En ese momento se establecieron con ellos vínculos comerciales, aunque pese a haber fracasado, los implacables nórdicos no se conformarían.

Así, en el 941 lanzaron otro asalto contra la ciudad. Eran infatigables y no cesaban en su empeño de entrar a una de las ciudades más opulentas y por ende más ricas de la zona. Siempre lo hacían aprovechando la escasez de defensas de la ciudad. En aquella ocasión, los bizantinos usaron tan solo quince navíos o dromones para derrotar a una flota muy superior en número.

¿Y cómo lo consiguieron? Pues usando el famoso fuego griego, un arma mortífera que poseían y que sembraba el pánico y el

desconcierto entre los que la sufrían. Los invasores volvieron a ser vencidos.

Fue entre esa tercera derrota y el año 980, cuando las fuentes nos hablan de la inclusión de algunos contingentes de estos bárbaros como mercenarios en los ejércitos romanos. Viendo cómo se las gastaban, optaron por tenerlos como aliados y servirse de su bravura para su propio beneficio. Así, en el año 988 los Varegos empezaron a ser usados como guardia personal del emperador.

Fue el emperador Basilio II, como ya he comentado antes, quién tras acordarlo con el rey Vladimir I de Kiev, se hizo con un contingente de cerca de seis mil de estos guerreros. Pero ¿por qué pactó? La respuesta es sencilla. Para acabar con una sublevación de sus aristócratas. Solicitó esa ayuda al gobernante rus ya que tenía que hacer frente a una revuelta interna. Un tal Bardas Skleros y un tal Bardas Focas se alzaron en armas contra él. Pero todo tenía su precio, y el propio emperador romano, tuvo que entregar a su hermana Ana al rey Vladimir I como pago por hacerse con ese nutrido grupo de guerreros. Parece que esa fue sin duda la puerta de entrada a Constantinopla de esos guerreros nórdicos, que permanecerían allí durante un buen puñado de siglos.

Por su fiereza demostrada en el combate y por su lealtad, pasaron a convertirse en la guardia personal del emperador. La lealtad he dicho que era una de las principales características de estos soldados. En contrapartida, las fuentes siempre les han dado una fama de pendencieros, mujeriegos y aficionados al alcohol. ¿No eran así los vikingos ya de por sí? Aunque Basilio y sus sucesores se extrañasen, para nosotros ahora parece más normal, sobre todo tras poder ver esos comportamientos en series o películas actuales.

Como toda guardia de corps, los Varegos no estuvieron exentos de polémica. Se conocen casos en los que estos hombres fueron acusados de hacerse con dinero público. Como sucedió con un oficial, el que posteriormente sería rey de Noruega, Harald Hadraada. Este fue acusado de desviar fondos imperiales a su propio bolsillo por lo que tuvo que escapar de la corte y poner tierra de por medio.

La evolución de esta guardia hizo que, con el paso de los años, los regimientos no fueran integrados únicamente por hombres rus. Así, a partir de la segunda mitad del siglo XI, cuando los normandos llegaron a Inglaterra, muchos anglosajones se vieron abocados a tenerse que buscar la vida lejos de las que habían sido sus tierras, y servir en la guardia de corps fue un destino bastante popular para esos hombres sin patria.

Además de estos guerreros britanos, las fuentes nos hablan de otras procedencias. Se sabe que la guardia llegó a contar con daneses (también vikingos) o incluso los propios normandos que habían invitado a marcharse a los anglosajones se integraron en la misma en períodos determinados.

En lo relativo a las funciones que desempeñaron estos guardias, sabemos que fueron diversas, y que iban desde la escolta del emperador y su familia, hasta la vigilancia de sus aposentos. También fueron utilizados en varias contiendas como tropas de élite, pero siempre de manera muy puntual y tal vez cuando la ocasión era tan complicada que así lo requería.

De entre las contiendas más destacadas en las que lucharon, podemos destacar la del año 1081, la de Dirrachio. En esta, la guardia Varega participó activamente, aunque al final las tropas romanas fueron derrotadas por las fuerzas normandas de Roberto Guiscardo. Allí, los Varegos lucharon con firmeza. Las fuentes nos hablan de que el contingente fue capaz de aguantar la carga de la caballería enemiga e incluso hacerla huir. Cuando los flancos del ejército romano se vinieron abajo, la situación se torció, y dejaron descubiertos a los guardias personales, que no resistieron y fueron derrotados finalmente.

También combatieron en otras batallas, aunque como he dicho antes, su función principal fue la de dar seguridad al emperador y a sus familiares. Por ello se encargaban de acompañarle a todas partes, y de velar incluso por su sueño. Se apostataban en las puertas de su estancia para protegerle en todo momento.

Ahora detallaré brevemente el armamento característico que portaban estos guerreros. Su arma principal era el hacha de doble filo, aunque también portaban la espada ancha y sabían utilizar el arco. Además de eso, se sabe que eran buenos jinetes y por lo tanto podían combatir a caballo. Los romanos les llamaban bárbaros portadores de hachas. Eso era porque esa arma era más propia de los pueblos nórdicos y su uso no era común entre los herederos de Roma. Los escudos que portaban eran circulares, y el yelmo era de los del tipo abierto, un modelo que usaban las tropas del momento, de los que llevaban una protección nasal únicamente.

En cuanto al momento de la desaparición del cuerpo no se sabe con exactitud cuando tuvo lugar. Hay cierto acuerdo en que ese desenlace se produjo durante el asedio cruzado de la ciudad de Constantinopla en el año 1204. Allí lucharon su última batalla, peleando firmemente contra los invasores. Después de aquello, nada más se sabe de la guardia. Ese fatal asedio por parte de las tropas

papales acabó con las estructuras políticas, sociales y religiosas de la capital romana de oriente. En ese momento empezó la era conocida como el Imperio Latino de Constantinopla.

Se impuso un gobernante extranjero que entre otras cosas se encargó de perseguir la fe ortodoxa. Aunque los romanos de oriente no cesarían en su empeño de recuperar su ciudad y los restos de su ya de por sí minúsculo imperio. Así fue como en el año 1261 cuando los auténticos propietarios se hicieron de nuevo con su capital, aunque esa ya es otra historia, que quizás traté en otra ocasión.

Después de ver la serie de Vikingos, y tras leer lo que te he explicado, estoy seguro de que te gustaría probar el hidromiel y combatir en el nombre de Odín para acabar llegando al Valhala, donde se reunían los guerreros nórdicos tras su muerte. Sin duda, parece tentador, sobre todo teniendo en cuenta lo que les esperaba en ese lugar.

4. La vida del general Flavio Belisario

4.1 Primera Parte

¿Sabías qué el hombre que tuvo el honor de ser conocido como el últimoromano fue el general Flavio Belisario?¿Sabías que protagonizó sus gestas durante la primera mitad del siglo VI d. C. cuando el imperio romano de Occidente ya había caído?

Estate atento si quieres saber más sobre la vida de este excepcional personaje que luchó y combatió en diferentes territorios para recuperar la gloria de un tiempo pasado. Aunque peleó duro y vivió momentos gloriosos, el trato que recibió por parte del emperador al que sirvió con extrema lealtad, no fue justo. Si quieres salir de duda no te pierdas el repaso que voy a hacer sobre su vida.

Como toda historia tiene un principio, busquémoslo.Debemos remontarnos hasta la horquilla temporal que va del año 500 al 505 d. C., para situar el nacimiento de nuestro protagonista. Las fuentes recogen, que nació y vivió sus primeros años en una ciudad de la región de Tracia llamada Germania. Lo hizo en el seno de una familia de la aristocracia local, es decir, bien posicionada, y eso le permitió entrar en el ejército romano a edad temprana e ir escalando puestos a un buen ritmo. Poco sabemos de esos primeros años, aunque se sabe que hizo méritos suficientes en la defensa de la frontera danubiana y eso le permitió ganarse el favor del emperador Justiniano I. Este, al que como ya he dicho en la introducción, sirvió siempre con lealtad, le otorgó el título de Dux de Mesopotamia y le envió al frente oriental junto a sus tropas de bucellarii para colaborar en la guerra contra los persas sasánidas.

Eso sucedió en el año 527 y tan sólo un año después, en el 528, Belisario participó en una de las peores derrotas sufridas por los romanos en aquella frontera. En Mindous, el ejército romano de Oriente cayó en una trampa de los persas por perseguirles cuando les creían derrotados. Eso supuso que muchos hombres perecieran y que el ejército fuese prácticamente aniquilado. Muy pocos lograron salvarse. Entre los afortunados se encontraban Belisario y sus hombres, ya que el Dux había tratado de convencer a los demás oficiales de no usar la táctica que acordaron. Sabía que los sasánidas tramaban algo, pero los demás no le hicieron caso y eso fue lo que los llevó a caer en la trampa.Quizás esa fue la razón que le salvó de recibir el mismo trato que el resto de los responsables que salieron con vida de aquel desastre, y a la postre lo que le

alzaría hasta el cargo más importante del ejército de Oriente.

En cualquier caso, tras ese desastre, nuestro protagonista salió beneficiado a nivel personal y fue ascendido al cargo de Magister Militum Per Orientem. Pasó a convertirse en el comandante en jefe de los ejércitos orientales, siendo todavía muy joven, ya que no llegaba todavía a la treintena.

Tan sólo unos meses después de la fatal derrota, en la fortaleza fronteriza de Dara, Belisario tuvo la ocasión de volver a enfrentarse a los persas. Entonces, y aprovechando que era él quien mandaba, planteó un sistema similar al que sus enemigos usaron en Mindous contra ellos. Pero a diferencia de sus predecesores en el cargo, se encargó de recordar a sus hombres que bajo ningún concepto persiguieran a sus enemigos si estos eran derrotados, ya que ese había sido el motivo que les había conducido a la derrota.

Tras varios encuentros en los que los ejércitos se estudiaron, se produjeron los primeros movimientos tácticos. El comandante persa, Peroces Mirran, el mismo que había vencido en el anterior enfrentamiento, subestimó al joven estratega romano. Las tropas de Belisario se mostraron muy superiores a las sasánidas, que pese a ser superiores en número fueron derrotadas. El Magister supo jugar bien sus cartas y sorprendió al veterano oficial que se vio obligado a retirarse tras caer en una emboscada bien trenzada que sirvió para dar la victoria a los romanos.

Pero todo no iba a ser tan bonito, ya que la suerte unas veces está de tu lado y otras no. Eso fue lo que le sucedió a nuestro flamante Magister Militum Per Orientem. Muy a su pesar y quizás en contra de su voluntad, por evitar un amotinamiento general de sus tropas, se vio forzado a plantar batalla de nuevo a los persas en abril del 531. Fue la presión de sus soldados lo que le llevó a atacar a sus enemigos. Tras seguir al ejército persa durante varias semanas, decidió plantar cara en campo abierto, ya dentro de su territorio, cerca de la ciudad de Calínico. Fue el día de Pascua, y por desgracia los romanos fueron derrotados. Aunque los persas se atribuyeron la victoria total, las fuentes nos relatan que también sufrieron numerosas e importantes bajas gracias a un replanteamiento estratégico de Belisario.

La cuestión fue que los romanos se vieron obligados a replegarse al otro lado del río Éufrates aprovechando el amparo de la noche. Así cuando los persas se dispusieron a atacar de nuevo con la luz del día, se percataron que los romanos ya estaban al otro lado del río. Eso fue interpretado como una huida, y por lo tanto se consideraron vencedores.

Después de aquella derrota, o podríamos decir huida, el propio emperador cesó a Belisario de su cargo y tras algunas escaramuzas con los persas, se vio forzado a firmar una paz con ellos. Ese tratado, que fue llamado la Paz Eterna fue bastante desfavorable para los romanos, ya que les imponía el hecho de tener que pagar elevados tributos a sus enemigos. Además, veremos que a la postre, la firma de la paz traería sus consecuencias internas al imperio romano, debido sobre todo al incremento de los impuestos para hacer frente a los pagos.

4.2 Segunda parte

Habíamos dejado a los romanos en el punto en el que acababan de firmar un tratado de paz con los persas bastante desfavorable. Eso tuvo lugar hacia septiembre del año 531.

Para poder hacer frente al pago de los tributos que acarreaba el tratado, el emperador Justiniano se vio forzado a subir los impuestos a sus súbditos, lo cual echó más leña a un fuego que ya de por sí estaba suficientemente vivo.

Así pues, nos trasladamos hasta el mes de enero del 532, con nuestro protagonista de nuevo en la capital del Imperio tras ser llamado por el mismo Justiniano. Allí, obedeciendo como siempre a Justiniano, participó en uno de los episodios más oscuros del gobierno de este emperador. Aquella subida de impuestos fue la gota que colmó el vaso. Esa tensión y malestar, sumada a los enfrentamientos entre facciones por temas políticos y también religiosos, llevó a que se produjesen unos disturbios que asolaron la ciudad de Constantinopla durante días. Este momento de crisis fue conocido como la revuelta de la Niké o de la Niká, que en griego significa victoria.

¿Y por qué se llamó así? Sencillo, porqué el pueblo, independientemente de su estatus social o de sus creencias religiosas se alzó en contra del poder imperial. Aprovecharon la situación del momento para sublevarse en el hipódromo contra su emperador. Una turba muy exaltada por los acontecimientos se dedicó a incendiar y destruir edificios por doquier. Eso hizo que Justiniano se viese forzado a actuar, ya que la situación se había vuelto insostenible. La multitud había puesto incluso sitio a su propio palacio.

Aquí es donde surge un poco la controversia, ya que las fuentes del momento dicen que, en primera instancia, el emperador quiso huir de la ciudad y replegarse, pero que su esposa Teodora le

detuvo y le instó a tomar cartas en el asunto tachándole de cobarde. Fuera cual fuese el proceder, la cuestión es que convocó a sus generales de más confianza para que acabasen de una vez por todas con aquella situación que se les había ido de las manos. Mediante una treta orquestada por el eunuco Narsés, se reunió a todos los sublevados en la revuelta en el hipódromo de la ciudad, lugar en el cual se había originado todo. Una vez allí, Belisario y otro importante general del momento, Mundo, se encargaron de acabar con la compleja situación eliminando a todos los que se habían congregado en aquel lugar. Se dice que aquel día perecieron en aquel lugar más de treinta mil personas.

Como puedes ver por sus acciones, la lealtad el general era tan alta que fue capaz de matar a toda aquella gente en el nombre de su emperador. Todo eso después de haber sido degradado por supuestamente haber sido derrotado por los persas.

En cualquier caso, tras haber acabado con los problemas internos, y tras tener a la frontera oriental en calma, Justiniano puso sus ojos en Occidente. Como heredero de la grandeza de Roma, ansiaba recuperar lo que les había pertenecido ataño a sus hermanos, por lo que tomó forma la idea de reconquistar los territorios del antiguo imperio romano de Occidente. Ese episodio pasaría a ser conocido por la historiografía como la Renovatio Imperii.

El primer objetivo en el que se iban a centrar los romanos iba a ser el reino Vándalo. Este ocupaba las antiguas provincias africanas. Así pues, en el año 533, Belisario, que había recuperado el favor del emperador, a la vez que su cargo de Magister Militum per Orientem, se lanzó a la mar con un ejército de quince mil hombres. La excusa fue socorrer al rey vándalo depuesto, Gilderico.

En septiembre de ese año, el ejército invasor desembarcó cerca de la ciudad de Leptis Magna y tras vencer en la batalla de Ad Decimum a un ejército vándalo, se dirigió hacia Cartago. Entró victorioso en la ciudad y se hizo con ella, ya que los habitantes los vieron como salvadores.

Pero el nuevo rey vándalo, Gelimer no se lo pondría tan fácil a los invasores y concentró un poderoso ejército a las puertas de Cartago. Puso asedio a la ciudad ahora ya romana durante cerca de tres meses. Al final, Belisario decidió plantar cara en campo abierto y los ejércitos se enfrentaron en la batalla de Tricamerum. Con unos cinco mil jinetes, y en inferioridad clara, los romanos derrotaron de nuevo a sus enemigos, poniendo al propio rey en fuga. A este no le quedó más opción que huir a las montañas, y los romanos consiguieron de esa manera hacerse con su reino.

En apenas seis meses, y con un ejército de pequeñas dimensiones, Belisario logró someter un extenso reino y devolvérselo a su emperador.

Pero como siempre sucede, las envidias aparecieron entre algunos de sus oficiales. Estos se encargaron de propagar rumores acerca de que Belisario pretendía hacerse con el reino vándalo para él. Lejos de amedrentarse, el general acudió a la llamada de su emperador y le volvió a demostrar su lealtad. Tal era su fama en ese momento, que Justiniano se vio obligado a concederle un triunfo en la capital imperial, al estilo de los que se hacían en tiempos pasados. Las fuentes nos dicen que este fue el último que se otorgó a un general romano, de ahí que se le dé a Belisario el título o el sobrenombre de último romano.

La primera fase de la Renovatio Imperii fue un éxito, lo que dio alas a los romanos de Oriente para avanzar en sus intenciones de recuperar lo que un día perteneció a sus hermanos occidentales.

4.3 Tercera parte

Dejamos a nuestro protagonista disfrutando de su bien merecido triunfo en la capital del imperio. Así pues, con el reino vándalo sometido, el siguiente paso fue la antigua provincia de Italia, la que más simbolismo tenía para los romanos de oriente, ya que en ella se alzaba la ciudad eterna: Roma. Esta campaña que estaba por iniciarse fue sin duda una de las más relevantes en su palmarés, tanto por el tiempo que duró como por el valor sentimental. Recuperar la antigua provincia de Italia significaba mucho, era recuperar la antigua Roma, la cuna de su cultura y civilización, por eso estaban dispuestos a todo para lograrlo.

En esas fechas, el territorio estaba bajo el dominio de los ostrogodos, que se habían apoderado del reino que había pertenecido a los hérulos, los encargados de destronar al último emperador romano en el 476, Rómulo Augústulo. En el año 534, el rey ostrogodo, Atalarico, todavía muy joven, murió durante un banquete. Los nobles aprovecharon la ocasión para situar a su candidato, un tal Teodato, y Justiniano tuvo la excusa que buscaba para intervenir, ya que este se encargó de encarcelar y posteriormente matar a la madre del difunto rey, la regente Amalasunta, que a la postre tenía buena relación con los romanos.

Fue de nuevo Belisario el encargado de dirigir la campaña, que comenzó con la rápida conquista de la isla de Sicilia. Justo cuando se estaba preparando para dar el salto a Italia, se vio obligado a

regresar al norte de África para sofocar una revuelta de las tropas romanas que estaban allí acantonadas. Eso le demoró unos meses, aunque cuando dejó el tema medio arreglado, volvió de nuevo a Sicilia para centrarse en su cometido.

El nuevo rey ostrogodo envió a parte de sus tropas para frenar a los romanos, pero en lugar de plantarle cara, se unieron al invasor. El sur de la provincia cayó rápidamente en manos de Belisario. Pero se vio obligado a frenar su avance al alcanzar Neapolis, la actual Nápoles. Esta ciudad se resistió a con firmeza al invasor. El hecho de plantar cara a los romanos les saldría caro a la larga, pues el general romano, una vez tomada la ciudad con una treta, dio rienda suelta a sus hombres para demostrar cuál era el precio a pagar por resistirse. Se dice que el saqueo duró varios días y fue tan brutal que la imagen de liberadores que traían los romanos de oriente quedó un poco truncada.

Tras la caída de la ciudad, Teodato fue depuesto por su inoperancia y en su lugar fue nombrado rey un tal Vitiges. La cosa tampoco pareció mejorar, pues Belisario se plantó casi de inmediato en Roma y entró victorioso en la ciudad eterna en septiembre del 536. Viendo la que le venía encima, optó por fortificar la ciudad para defenderse de un más que probable asedio.

Pese a que los romanos consiguieron recuperar la antigua capital, la alegría no les duraría mucho. Vitiges y su poderoso y numeroso ejército se plantaron en los alrededores de la ciudad e iniciaron un largo asedio. Para llevarlo a cabo montaron varios campamentos para bloquear las vías de abastecimiento de la urbe, un total de siete según las fuentes.

El primer asalto pudo ser repelido por los defensores, pese a que casi consiguieron entrar por una de las puertas de la ciudad. Tras el primer fracaso, los siguientes meses no se repitió ningún asalto más, excepto la toma de uno de los puertos que abastecían la ciudad. Pero Belisario se las ingenió para traer las provisiones de más lejos.

Tras no lograr levantar el sitio, los soldados de Belisario le pidieron o casi le obligaron a salir a campo abierto para poner fin a la situación de una vez por todas. De nuevo el general se vio forzado a actuar por miedo a un nuevo motín. Durante la primera parte de la batalla de Roma, los romanos llevaron las de ganar, pero por desgracia, cuando un contingente de ostrogodos se retiraba, estos se refrenaron y se dedicaron a saquear el campamento principal. Los enemigos se percataron y aprovecharon para reponerse y atacarles sin piedad. Fueron casi aniquilados.

Pese a la derrota, la defensa de la ciudad continuó siendo férrea.

Hasta el punto de que Vitiges, en septiembre del 537 decidió negociar con los romanos, ya que sus tropas habían llegado al límite de sus fuerzas y no habían conseguido ningún éxito relevante. En diciembre se acordó una tregua de tres meses, y Belisario aprovechó para hacer acopio de suministros. Finalmente, en marzo de 538, los ostrogodos decidieron levantar el asedio y retirarse a su capital, Rávena. Tras dos duros años de asedio, se fueron con las manos vacías, y dejando Roma en manos de los romanos, que habían sido capaces de resistir pese a ser muy inferiores.

4.4 Cuarta parte

Con esta parte acabaré el repaso a la extensa y fascinante vida de Flavio Belisario. En ella acabaré de explicaros su historia y repasaré su última etapa al frente de los ejércitos del imperio romano de Oriente. Podrás asistir a quizás el momento más oscuro que vivió y verás que hasta los héroes más valerosos y leales pueden ser repudiados por los suyos de una manera totalmente injusta.

Habíamos dejado a Belisario victorioso en Italia, tras haber logrado resistir el asedio de Roma por parte de los ostrogodos. Tras ello, se le abrió el camino hacia su capital, Rávena, a la cual sometió a asedio y rindió de hambre. Los nobles y el propio rey Vitiges se rindieron y le llegaron a ofrecer hasta en dos ocasiones la corona de emperador de Occidente al victorioso general. Pero éste, en lugar de quedársela, la rechazó alegando que era leal a su emperador, Justiniano.

Tras dejar la situación en relativa calma en Italia, en el 539, que no quiere decir que la provincia hubiese sido totalmente sometida, Belisario fue llamado de nuevo a Constantinopla por su emperador. Allí se le otorgó otro triunfo, como recompensa a su magnífica campaña en Italia, aunque seguidamente se tuvo que hacer cargo de la frontera oriental. Los persas sasánidas se habían puesto de nuevo en marcha, saltándose el tratado firmado en septiembre de 531.

Así pues, Belisario fue enviado de nuevo a oriente para tratar de frenar el avance del rey Cosroes. Los persas aprovecharon que los ejércitos de Justiniano estaban dispersos por el Mediterráneo para sitiar varias ciudades romanas. El general se puso en marcha y consiguió algunos éxitos, aunque tampoco fueron determinantes. En cualquier caso, fue entonces cuando apareció una epidemia de peste que asoló a todo el imperio. Y obviamente las hostilidades cesaron, ya que imagino que los persas también se vieron afectados.

El hecho de que Belisario fuese el encargado de dirigir las

operaciones en Oriente hizo que Cosroes optase por retirarse de nuevo a sus territorios ya que la fama le precedía y prefiri ser cauto. Cuando se retiró, Belisario no le persiguió, y pese a no haber tenido que entablar combate para vencer en aquella ocasión, detractores no le faltaron. Algunos le tacharon de cobarde, aunque sus hombres siempre valorarían esa capacidad. Demostraba de nuevo ser capaz de hacer huir a ejércitos sin tener que combatir.

Pero algo malo estaba a punto de ocurrir, ya que, con la epidemia en pleno apogeo, aparecieron rumores de que el emperador estaba contagiado. Los generales del estado mayor (excepto Belisario, que siempre se mantuvo al margen de esas cosas según nos dicen las fuentes), se reunieron de urgencia. Su intención era llegar a un acuerdo y no elegir a ningún sucesor hasta que llegasen a Constantinopla. Pero tuvo lugar entonces una campaña de acusaciones a varios oficiales de la plana mayor, quizás instigada por Teodora, en la que Belisario fue acusado de quedarse con parte del botín de las campañas vándalas y góticas.

Ese movimiento no pretendía más que ponerle en una posición de desventaja y es que la envidia era y es muy mala. Asi, nuestro protagonista fue arrestado, apartado del cargo militar y sus bienes fueron confiscados.

Mientras eso sucedía en la capital, las cosas en Italia no iban mucho mejor. Los ostrogodos, de la mano del nuevo rey, Totila, decidieron seguir la guerra contra los romanos. La situación se complicaba y es que no habían sabido gestionar la situación como era debido. El incremento de la presión fiscal había incrementado tanto, que había provocado malestar entre los bárbaros, y estos obviamente se habían revelado. Así que pese a estar bajo investigación por presunta corrupción, Belisario fue perdonado por su emperador, y enviado de nuevo a Italia para poner orden en la provincia.

Así pues, el 544 Belisario desembarcó en Salona con un ejército novel. Se dirigió a Rávena para reclutar tropas, pero no lo consiguió ya que la subida de impuestos imperiales había sido muy impopular, y la gente no quería colaborar. Mientras tanto Totila se centró en la ciudad de Roma. Tras recuperar el centro de la península, se dirigió a la ciudad eterna y levantó un asedio de nuevo y se hizo con ella en diciembre del 546. Tras su toma, la destruyó parcialmente y la abandonó.

Al poco tiempo Belisario se adueñó de ella y mandó reconstruir las murallas que habían sido destruidas con intención de aguantar el asedio que seguramente no tardaría en llegar. El general romano

resistió el duro asedio y los bárbaros al ver que no podían con él decidieron retirarse. El hecho de que Belisario no recibiese ayuda del imperio a modo de refuerzos tampoco ayudó a poder continuar la conquista de Italia. No disponía de hombres ni de recursos suficientes como para iniciar una larga campaña.

Justiniano decidió llamarle a la capital y dejar que otros se encargasen de continuar la guerra en suelo itálico. Años más tarde, y viendo que la situación estaba fuera de control, enviaría a otro de sus generales para que sometiera a los ostrogodos de una vez por todas, el eunuco Narsés, y este sí que gozaría de recursos suficientes como para lograrlo. Aunque esa historia si te parece ya te la explicaré en otra ocasión.

Una vez en la capital, sucedió un hecho muy relevante, y es que en el 548 el emperador sufrió un grave revés a nivel personal. Su esposa Teodora falleció, parece ser que por causas naturales. Entretanto Belisario continuó viviendo en Constantinopla, con un cargo militar importante, aunque sin participar en ninguna otra campaña lejos de allí. Parecía que gozaba de un merecido retiro, que sin duda se había ganado con creces. Pero en el año 559 las circunstancias hicieron que Justiniano le volviese a requerir. Debía prestar su último gran servicio al emperador.

Todo se inició con una gran invasión de pueblos bárbaros, una mezcla de hunos, eslavos y búlgaros que cruzaron el río Danubio congelado y se adentraron en los territorios del Imperio. Una parte de esa numerosa horda se dirigió hacia lo que es hoy Grecia, y la otra hacia Constantinopla. Belisario, que por entonces rondaba los sesenta años apareció en escena como el único salvador. Pero como le pasó una y otra vez, no disponía de demasiadas tropas con las que defender la capital.

Como profesionales solo disponía de los scholae, es decir de las tropas palaciegas, más aptas para pasar revista que para el combate. Por lo que tuvo que recurrir a sus influencias. Logró reunir un pequeño contingente de veteranos de sus campañas, hombres leales que habían servido bajo sus órdenes durante muchos años y que le seguirían hasta la muerte. Aunque estos no eran más que trescientos, muy pocos para enfrentarse a un ejército muy superior. Se tuvo que conformar con armar a campesinos y a ciudadanos sin experiencia militar y obviamente de más baja calidad.

Pese a ser inferiores en número, el general romano volvió a dar una lección de estrategia. Consiguió emboscar a sus enemigos, colocando dos grupos de veteranos ocultos en los flancos. Él se situó en el centro para aguantar la acometida y tras conseguir resistir el

empuje feroz de sus rivales, los flancos cayeron sobre los bárbaros y los masacraron. Estos al verse superados huyeron despavoridos. Los romanos, cautos como siempre siguiendo las órdenes de su general y no les persiguieron. Otra victoria agónica y en inferioridad para este magnífico general.

Pero de poco le sirvió salvar a Constantinopla, pues en lugar de agradecerle los servicios a Belisario, Justiniano se dejó convencer por los nobles de que el anciano general anhelaba quedarse con el trono. Cabe destacar que en ningún momento Belisario conspiró para derrocar al emperador, o eso nos dicen las fuentes. Podría decirse que más bien fue todo lo contrario, pese a haber sido tentado en varias ocasiones y a contar con el apoyo de la mayor parte del ejército. Pese a la poca gratitud que este mostró, se mantuvo leal en todo momento a él. Incluso cuando estaba relegado a un segundo plano, aceptó el requerimiento de su señor para servirle de nuevo en situaciones adversas para el imperio.

Pero la mentira en ocasiones vence, y eso fue lo que le ocurrió. Así pues, en diciembre del 562 a Belisario se le volvieron a retirar las distinciones y privilegios y se le dejó otra vez bajo arresto en su domicilio, acusado de conspiración. Es aquí cuando se mezclan la realidad y el mito.

Las fuentes medievales, muy posteriores en el tiempo, explican lo que para mí es una exageración. Nos dicen que Justiniano mandó que le arrancaran los ojos al general, y le obligó a mendigar por Constantinopla hasta el fin de sus días. Yo no soy partidario de que sucediese eso. No creo que Justiniano le hiciese eso a un hombre que le prestó tanto apoyo y servicio. Y mucho menos si hacemos caso al siguiente dato. En julio de 563 Belisario fue declarado inocente de los cargos que se le imputaban y se le devolvieron todos sus bienes confiscados, lo cual parece más veraz que el tema antes expuesto. En marzo del 565, nuestro protagonista, el último romano, falleció. Tan sólo ocho meses después, Justiniano le seguiría al más allá.

Para finalizar el repaso a la vida se este gran personaje me gustaría aclarar unos cuantos conceptos. Pese a las tesituras y obstáculos que encontró en su vida, siempre mantuvo una actitud recta y fue un hombre de principios. Tuvo oportunidades de hacerse con el poder, pero en lugar de alzarse con él, optó por ser mantuvo fiel y leal a su señor. Desde mi punto de vista hizo mucho con lo poco que tuvo, es decir, muchas gestas con muy pocos soldados.

Tuvo mucha visión estratégica para plantear tácticas en las que, siendo casi siempre inferior en número, prefirió no arriesgar las

vidas de los suyos. Supo utilizar también la negociación para evitar batallas, y eso dice mucho de él. Estoy convencido de que sí hubiese dispuesto de recursos humanos suficientes, como los grandes generales romanos del alto imperio, habría conseguido hacer muchas más cosas. Belisario en época de César, o de Trajano, hubiese dado mucho que hablar, de ello estoy convencido, pero tuvo la mala suerte de nacer en un momento complicado para los romanos, y eso favoreció a su brillante trayectoria militar.

5. El imperio romano de Oriente

¿Sabías qué, aunque el imperio romano de occidente cayó en el año 476 d. C., tras las invasiones germánicas, ese no fue el fin de Roma?

Bueno, de la antigua capital, sí, pero no de los romanos. Sus hermanos de la parte oriental pervivieron durante casi mil años más, hasta el 1453, cuando los turcos otomanos conquistaron su capital y acabaron con el imperio romano de oriente o imperio bizantino.

Te estarás preguntando por qué te hablo ahora del Imperio romano de oriente.En primer lugar, porqué me parece que se le ha dado poca importancia en las fuentes históricas y es por ello tal vez menos conocido que el de Occidente. Parece que el año 476 d. C. sea la fecha del final de la historia de Roma, aunque nada más lejos de la realidad, ya que como te he dicho antes, todavía quedaba mucho por hacer y por supuesto por contar.

En segundo lugar, quiero hablarte de él porqué me parece fascinante esa resistencia tenaz contra tantos enemigos. Esa perseverancia, como logró aguantar durante casi un milenio más. Y en tercer lugar porqué sobre él versa la nueva novela que ya he finalizado y que está pendiente de publicarse. Sí, has escuchado bien, mi nueva novela que lleva por título HEREDEROS DE ROMA. Esta obra se enmarca en los primeros años de reinado de Justiniano I, en el período más glorioso que vivieron los romanos de oriente. En el cual confluyeron grandes personajes y en el que se llevaron a cabo grandes gestas. Por supuesto, en mi novela no me he olvidado de las complejas tramas que se urdieron en ese momento. Espero que con estos argumentos haya logrado captar tu atención. ¿Te gustaría entonces saber algo más sobre los romanos de oriente y su historia? Pues voy a darte cuatro pinceladas sobre lo que sucedió en aquellos convulsos años y espero darte algo más de información sobre lo que la historiografía tratado menos de lo que merecía.

Pero, empecemos por el principio, ya que, aunque no lo creas, el imperio romano de oriente, heredero del de occidente no surgió justo en el momento en el que Roma cayó, sino que su origen es anterior.

Debemos remontarnos al año 395 d. C., durante el reinado del emperador Teodosio I. Fue él, quien consciente de las dificultades que comportaba defender las fronteras de un imperio tan extenso, decidió dividirlo en dos partes. Entregó cada una de ellas a sus

herederos antes de su muerte. Occidente a su hijo Honorio, y Oriente al otro, Arcadio. La capital de la parte occidental pasó a ser Rávena en detrimento de una Roma decadente, y la de oriente la joven y refundada ciudad de Constantinopla.

Aunque debo concretar que esta no era la primera vez en la que se partía en dos el imperio, ya que un siglo antes, el gran Diocleciano ya lo había llevado a cabo, aunque las circunstancias de aquel momento diferían bastante de las que empujaron a Teodosio I a tomar la decisión. Además, Diocleciano, había dividido el gobierno entre cuatro gobernantes (Tetrarquía), dos Augustos y dos Césares por debajo de los primeros. Pero cuando él renunció al poder, el sistema sufrió una debacle. Existió la división hasta el 324 d. C., cuando Constantino el Grande asumió el control total de las dos partes y las unió de nuevo bajo su único mandato.

Avanzando un poco en el tiempo, y tras las invasiones de los pueblos germanos, el imperio occidental sucumbió y pasó a manos de esos pueblos bárbaros, que se lo repartieron en pedazos. Aunque la cultura romana no desapareció. El imperio oriental logró resistir, usando tanto las armas como los pagos de tributos para no desaparecer como lo habían hecho sus hermanos. Aunque en ocasiones se vieron obligados a pagar grandes cantidades de dinero, consiguieron sobrevivir, y pese a que jamás lograron recuperar la gloria pasada, tuvieron épocas de prosperidad.

Cuando Odoacro, el caudillo hérulo, depuso al último emperador de Roma (Rómulo Augustulo), envió las insignias imperiales a Constantinopla. Eso sin duda era una declaración de intenciones ya que de esa manera reconocía el ente de Imperio romano de Oriente y se sometía a él. A cambio, los romanos aceptaron a estos líderes germanos y les otorgaron el rango o estatus social de nobles o patricios, dándoles incluso cargos políticos oficiales. A muchos de estos pueblos, les fueron otorgados estatus de foederatii (federados o aliados). El imperio romano de oriente (o los bizantinos como se les llamaría mucho más tarde), logró ir subsistiendo pese a verse en aprietos en muchas ocasiones.

Fue a partir del año 533 d. C., cuando la gloria del imperio romano resurgió de sus cenizas. El artífice de este renacimiento, al que se llamó Renovatio Imperii, fue el emperador Justiniano I. Este supo rodearse de buenos generales, como Flavio Belisario o Narsés y emprendió una serie de campañas para reconquistar los territorios perdidos por sus predecesores. Pese a tener que tratar con los persas sasánidas en oriente, logró reconquistar el norte de África (a los vándalos) y poco tiempo después se hizo también con Sicilia y parte

de Italia (bajo dominio de los Ostrogodos). Incluso se apoderó, o le cedieron los visigodos una parte del sureste de la península ibérica.

Pero ese esfuerzo fue titánico, desgastó mucho las arcas del estado y la población con tantas guerras e impuestos y tratados con sus enemigos. Mantener las fronteras en paz y tantos territorios suponía un gasto enorme y poco a poco, el éxito de Justiniano se convirtió en una carga para sus propios sucesores. Se habían abandonado las fronteras danubianas en detrimento de las campañas para recuperar lo perdido. Italia prácticamente se perdió al cabo de relativamente poco tiempo, al igual que Hispania, y los conflictos con los persas sasánidas se reabrieron de nuevo.

Para colmo, una nueva amenaza se fraguaba en la zona de Arabia: el islam. Un poder que había logrado acabar con los antiguos enemigos del imperio, los persas sasánidas en un abrir y cerrar de ojos. La propia capital, Constantinopla, fue sitiada en varias ocasiones por los ejércitos musulmanes, y los romanos de oriente apenas pudieron aguantar. Si no hubiese sido por el fuego griego, la historia del imperio habría sido mucho más breve. Entre los siglos VII y XII d. C., varias dinastías gobernaron el imperio. Hubo momentos de expansión y otros de retroceso.

El imperio sobrevivió como pudo hasta que, en el 1204, los integrantes de la cuarta cruzada conquistaron a sangre y fuego la capital del imperio. Eso hizo que durante casi 60 años el imperio pasase de ser griego y ortodoxo a estar en manos de latinos cristianos. Los romanos bizantinos lograron reconquistar su imperio en el 1261, aunque tampoco duraría mucho en sus manos, ya que los turcos emergieron como la nueva potencia preponderante en oriente. Contra ellos no se pudo hacer nada y en el 1453, tras un largo asedio, la ciudad y lo poco que quedaba del imperio, cayeron en manos otomanas. Jamás volvería a recuperarse pese a que algunos reyes cristianos barajaron la posibilidad de intentarlo.

Espero que te haya gustado este breve repaso por la historia del imperio romano de oriente, y que por lo menos estas líneas hayan servido para despertar tu interés por esa parte de la historia de Roma que quizás no conozcas tanto pero que sin duda es muy interesante. Y ya sabes, ahora tienes que prestar atención a mis futuros movimientos, ya que, si los dioses me son propicios, en breve tendrás noticias sobre HEREDEROS DE ROMA.



LA ANTIGUA GRECIA

1. Origen de la palabra maratón

¿Sabías qué el origen de la palabra Maratón procede de la antigua Grecia?¿Quieres saber más sobre ello?

Debemos enmarcar el origen de esta palabra en lo que se conocen como las Guerras Médicas. Estas, que en total fueron tres, tuvieron lugar durante la primera mitad del siglo V a. C. y algo de la segunda, y enfrentaron al poderoso Imperio Persa y a las ciudades estado de Grecia.

La primera de ellas tuvo lugar hacia el año 490 a. C., y la llevó a cabo el Gran Rey persa, Darío I. Este poderoso monarca planificó la invasión de la Grecia continental para castigar a los helenos, sobre todo a los atenienses por instigar y promover una revuelta de las ciudades jónicas de la costa de Asia Menor (lo que hoy es Turquía), que tuvo lugar unos años antes. Pese a que el levantamiento acabó fracasando por la evidente superioridad de recursos que poseían los persas, les quiso hacer pagar su osadía y demostrarles que se habían equivocado al pretender ayudar a sus hermanos griegos de Asia. Una vez controlada la situación, ellos iban a ser los siguientes.

Así pues, tras organizar una magnífica expedición, desembarcó su gran y poderoso ejército en la llanura de Maratón, que estaba

situada a unos 42 kilómetros de distancia de Atenas. La intención era sorprender a los griegos, aunque estos, al contrario de lo que pensaba el rey persa, ya le estaban esperando. Contra todo pronóstico, y sin contar con refuerzos de otras polis, los atenienses se presentaron en aquel punto tan sólo con su ejército y algunos pocos aliados, y chocaron con los persas que eran mucho más numerosos. Pese a esa desventaja numérica, los griegos consiguieron vencer en una épica batalla, obligando a los persas a retirarse de nuevo hasta su territorio.

Los números de bajas que nos dan las fuentes clásicas quizás sean algo exorbitados, ya que afirman que murieron cerca de doscientos griegos, en cambio el total de bajas persas lo cuantifican en más de seis mil. Valga decir que cuantos más enemigos mates y menos de los tuyos pierdas, más épica parecerá la victoria.

En cualquier caso, con los persas derrotados y camino de sus naves que estaban ancladas en la costa, aparecen dos versiones distintas sobre el tema que le da título a esta explicación.

Según algunos eruditos en la materia, el origen de la palabra que sirve para denominar la prueba olímpica de la maratón se remonta a que, tras la victoria ante los persas, los strategoi atenienses (generales del ejército), enviaron a su guerrero más rápido y atlético, de nombre Filípides, a la ciudad, con la noticia. Al hoplita, que, para más inri, era corredor en su tiempo libre, se le asignó la misión de dar aviso a sus conciudadanos de que habían vencido al invasor. Debía decir a sus esposas que no tenían que matar a sus hijos/as, ya que según recogen las fuentes clásicas, habían acordado hacerlo de esa manera si no recibían noticias antes de un tiempo acordado.

En mi humilde opinión creo que su tarea era más bien avisar a sus conciudadanos de la victoria y de que la flota persa se había puesto en marcha, y que era posible que se dirigiese directamente hacia Atenas para cobrarse venganza.

En cualquier caso, ya fuese por un motivo o por otro, la distancia que separaba ambos puntos era de 42 kilómetros, y cuando el corredor llegó a su destino, comunicó la buena nueva diciendo la palabra Niké (que significa victoria) y falleció a causa del enorme esfuerzo y según dicen de las heridas que podría haber recibido durante el combate con los persas. Parece ser que no se detuvo en ningún momento, pues tenía que llegar antes de que se cumpliese el lapso que habían acordado con los que se habían quedado en la ciudad.

Posteriormente, ya en tiempos modernos, se creó una prueba

olímpica de atletismo en honor a ese valiente que consistía en correr una distancia igual a la que había recorrido Filípides en su día desde Maratón a Atenas, dándole el nombre del lugar donde se había frenado el avance enemigo.

La otra versión que conocemos sobre los hechos es un poco distinta, aunque el trasfondo es el mismo. Los estudiosos que la defienden se decantan más por la versión que dio Heródoto, que vivió tan solo unos treinta años después de que los hechos sucedieran. Eso hace que su relato parezca más factible que el anterior. Según el historiador griego, lo que sucedió realmente fue que el corredor no tuvo que cubrir la distancia desde el lugar de la batalla hasta Atenas, sino que previamente a la misma, fue enviado por los gobernantes de su ciudad a Esparta. Debía solicitar el apoyo de sus hoplitas en la guerra que se avecinaba.

La distancia hasta allí era de unos 240 kilómetros, y fruto de la urgencia, la recorrió en dos jornadas sin apenas descansar. Cuando los espartanos le dijeron que era imposible ya que se encontraban en plena festividad de las Karneias, Filípides regresó de nuevo a Atenas para comunicárselo a los suyos. Es evidente que, al llegar a su polis, falleció debido al enorme esfuerzo físico que había hecho.

Cabe decir, que, en honor a esta distancia, en la actualidad también se lleva a cabo una carrera que cubre esa misma distancia entre ambas ciudades cuyo nombre es el de Spartathlon y que hace sin duda clara referencia a la ciudad de destino de su carrera: Esparta.

No sé decirte cuál es la versión que más se ajusta a lo que sucedió, aunque mi instinto me dice que la primera es más romántica quizás, aunque la segunda creo que es la que más se aproxima a la realidad. El relato de Heródoto quizás sea más ajustado por el marco temporal, y un joven atleta en su plenitud era poco probable que no pudiese aguantar una carrera de 42 kilómetros. En cambio, hacer 240 kilómetros en dos días, y de nuevo volver a cubrir esa distancia sin haber descansado, tal vez fuese un poco más arriesgado y acabase provocando el fallecimiento del atleta, por muy entrenado que estuviese. Como ninguno de nosotros estuvo allí, te invito a que te quedes con lo que más te guste.

Espero que ahora que sabes de donde procede el término, veas la prueba atlética con otros ojos.

2. El ritual espartano de la krypteia

¿Sabías qué es el ritual espartano de la krypteia? ¿Has oído hablar alguna vez de este tema y no has logrado que nadie te lo explique con detalle?

Todos sabéis que los jóvenes espartanos a partir de los siete años eran apartados de los brazos de sus madres. Estoy convencido de que esto no os viene de nuevo y que no os resulta extraño. Ahora bien, para los que no lo supierais, no os preocupéis, el estado pasaba a hacerse cargo de ellos y se encargaba de su instrucción y formación hasta que llegaban a la edad adulta. Se les incluía en un programa especial conocido como Agogé (terminología de época helenística para ser más precisos). Allí se les enseñaba a ser auténticos guerreros, ya que la sociedad espartana se basaba en los preceptos de la guerra. Formaban parte de ese programa durante muchos años, cuando se consideraba que habían alcanzado la madurez y pasaban a formar parte del ejército de la ciudad como ciudadanos de pleno derecho. El camino hasta llegar a ese punto era complejo, duro y algunos jóvenes se quedaban en el camino.

¿Pero que se sabe acerca de este extraño ritual llamado krypteia? Cogiendo como referencia a uno de los grandes padres de la historia, al gran Plutarco y a su obra sobre el legendario Licurgo, o padre de la patria espartana, se puede afirmar que una vez al año, los éforos (magistrados del estado espartano) declaraban a los ilotas (esclavos mesenios) enemigos de la patria. Entonces se escogía a los mejores jóvenes de la Agogé para que llevasen a cabo este extraño rito.

Aunque se ha hablado mucho sobre el tema, todavía hoy no se sabe exactamente en qué consistía. La mayoría de los investigadores se atreven a decir que era una especie de bautismo de sangre para los futuros guerreros, una prueba en la que debían demostrar que el entrenamiento de tantos años había dado sus frutos. Se les entregaba un puñal y algo de comida y se les instaba a perseguir a los esclavos y a darles caza como si fueran presas. Durante el tiempo que duraba esa cacería debían valerse por sí mismos, por lo que se les permitía hacer de todo, incluso robar para poder alimentarse si era necesario. Eso sí, debían hacerlo bien, porqué si se les pillaba, eran severamente castigados.

Se dice que, durante las horas de luz, los muchachos permanecían ocultos, y que cuando anochecía, se iniciaba la cacería. No se sabe si la caza se llevaba a cabo individualmente o en

grupo, aunque eso era lo de menos. Los esclavos ilotas también tenían un aliciente, no porqué quisieran claro está, pero si conseguían eludir a los espartanos que les perseguían, lograrían la ansiada libertad. Aunque algo me dice que no era muy normal que lo consiguiesen.

Mucho se ha debatido también acerca de cuál era la función que cumplía este extraño ritual, que obviamente todo el mundo sabía que se llevaba a cabo, pero que se mantenía como uno de los grandes secretos de la sociedad espartana. Aunque muchos han llegado a la conclusión de que la función que cumplía esta costumbre, por llamarla de alguna manera, podía ser la de mantener equilibrada la población esclava. Si cada año se llevaba a cabo la krypteia, era para que los ilotas estuvieran también asustados, ya que cualquiera de ellos estaba expuesto a convertirse en presa. Supongo que el estado espartano sabía con creces cuales eran los elementos que eran más proclives a la sublevación, y la krypteia les ofrecía la oportunidad de deshacerse de ellos con mayor tranquilidad y sin tener que justificarse.

Fuera cual fuese el motivo de dicho ritual, lo que estaba claro es que era una prueba más que debían superar los jóvenes lacedemonios. Autores de la magnitud de Platón, definían está prueba como muy dura y exigente. Él mismo, nos decía que los participantes iban descalzos y sin apenas ropa de abrigo, además de disponer de escaso alimento, por lo que como ya he dicho antes se veían obligados a buscarse la vida, recurriendo incluso a tener que robar.

No sé si estas pocas líneas te han sacado de dudas sobre en qué consistía el ritual de la krypteia, aunque por lo menos espero que te haya despertado un poco la curiosidad por él. Por fortuna este tipo de prácticas ya no se hacen, básicamente por qué no existe tampoco el esclavismo, por lo menos a simple vista. La sociedad espartana siempre fue muy hermética y enigmática, provocando que algunos aspectos tengan todavía hoy en día la sombra de la leyenda planeando sobre ellos, aunque con estas pinceladas que te he dado, siempre puedes indagar por tu cuenta un poco más en la misteriosa y fascinante educación de los jóvenes espartanos, y si encuentras algo interesante, te invito a que me lo expliques.

3. La Guerra de Troya

¿Sabías qué, en tiempos muy remotos se produjo una guerra que enfrentó a los griegos micénicos contra los troyanos? Seguro que sabes de qué te estoy hablando. Obviamente de la famosa guerra de Troya. Pero ¿de verdad se produjo ese enfrentamiento? ¿O se trata más bien de un relato basado en la mitología?

Esta es una pregunta que se han hecho muchos estudiosos a lo largo de la historia. Que la ciudad sagrada de Ilión, como la llamaron las fuentes antiguas, existió, es evidente. Se han hallado restos arqueológicos que así lo evidencian. Que esos restos correspondan a la misma que describe Homero en su obra, La Ilíada (equivalencia al topónimo de la ciudad), eso ya es un poco más dudoso. Es por ello por lo que en estas líneas trataré de darle algo de luz a este episodio de la historia que ha generado tanta controversia hasta nuestros días.

Nos encontramos en el s. XIII a. C. Por un lado, teníamos a los griegos micénicos, o aqueos. Estos, pese a no estar unidos, formaban un conglomerado de ciudades independientes entre sí unidas por elementos comunes como la lengua y las costumbres. Aunque eran totalmente autónomas unas de otras, podían llegar a unirse si las circunstancias lo exigían. Estaban gobernadas por una especie de caudillos o reyes a los que se les llamaba wanax. Estos desde sus imponentes palacios fortificados controlaban vastos territorios. Entre las ciudades más importantes del momento estaban Micenas (la que le da nombre a la cultura micénica), Esparta, Tirinto, Atenas o Pilos.

Por otro lado, estaba la ciudad o el reino de Troya. Este correspondería por ubicación y descripción, con la Wilusa a la que hacen referencia las fuentes Hititas (coetáneas de ese suceso). Vasalla del poderoso imperio, la urbe controlaba el estratégico paso de los Dardanelos, lo que le confería un control total sobre el comercio de la zona del Mar Negro. Es por ese motivo, por el cual con toda seguridad se inició el conflicto entre micénicos y troyanos. El rapto de la bella Helena, esposa del wanax Menelao de Esparta, formó parte quizás más de la tradición homérica y responde tal vez a la intención del poeta griego de darle un toque más romántico a lo que sin duda fue una guerra como todas las de la época, por motivos puramente económicos.

Homero, muchos siglos después de lo acontecido (sabemos que vivió entorno al s. VIII a. C., recopiló una serie de poemas que

procedían de la tradición oral. A él, se le atribuyen (entre sombras y dudas constantes) las dos obras que relatan los hechos acontecidos durante y después de ese conflicto. La primera de ellas, titulada La Ilíada, nos lleva a la fase final de la guerra de Troya. Nos describe la ira de Aquiles. Como se enoja con el wanax supremo, Agamenón de Micenas a partir del noveno año del conflicto por una disputa que tiene origen en la posesión de la esclava Briseida.

La segunda obra atribuida a Homero es la Odisea, en la cual se narra el viaje turbulento de regreso a casa del rey de Ítaca, Odiseo (Ulises en las fuentes latinas), tras la victoria de los micénicos en Troya. Este relato, escrito en prosa, y no en verso como el primero, nos ofrece una visión típica de aventuras que poco tiene que ver con la guerra.

Los investigadores modernos han dudado sobre la datación de las obras, y sobre la autoría de las mismas. Se ha llegado a decir que fueron escritas por diferentes autores, en diferentes momentos, cosa que denotan los diferentes estilos narrativos. Sea quien fuere el autor, lo cierto es que los griegos clásicos convirtieron ambos libros en unos referentes culturales.

Si pasamos a las pruebas arqueológicas, debemos centrarnos en las excavaciones que se llevaron a cabo en la ciudad antigua de Troya durante el siglo XIX. Fue el millonario prusiano Heinrich Schliemann quien las inició. Tras dar con el lugar que podía corresponder a la ubicación de la misma, se puso manos a la obra. Los que excavaron años más tarde dijeron que el alemán utilizó métodos poco ortodoxos, pues las prisas le urgían, buscaba la fama y poder descubrir la otrora todo poderosa ciudad antigua. Eso hizo que destruyese capas más modernas que contenían información importante. Dio por fin con un estrato de la ciudad, en el cual halló un tesoro, al que dio el nombre de Tesoro de Príamo.

Los posteriores trabajos llevados a cabo por arqueólogos de finales del s. XX, sacaron a la luz diferentes estratos de la ciudad que fueron destruidos de manera violenta. Así pues, la Troya VI y la VII podrían haberse correspondido con las que relatan las obras de Homero. Ambas fueron arrasadas por la guerra, y por datación de los elementos que se hallaron en ellas, podrían fecharse entorno a mediados del s. XIII a. C.

Ante las evidencias arqueológicas expuestas, se nos presentan todavía algunas dudas ¿Existió en realidad la ciudad de Troya? Creo que sí que existió. Las pruebas y las excavaciones así lo demuestran. Pero ¿fue una ciudad tan opulenta y majestuosa para tener a una coalición de griegos durante más de nueve años frente a sus muros intentando conquistarla? Eso ya no lo tengo tan claro, y los estratos

que deberían corresponderse con ese momento no muestran signos de esa ciudad tan fuerte y próspera.

¿Estamos entonces frente a un mito o frente a una realidad? No sabría qué responder. Aventurándome quizás diría que frente a un poco de ambas cosas. Lo cierto es que existen varias posturas entre los investigadores. Unos ven en las obras de Homero referencias históricas, otros en cambio no ven más que un poema fantástico, en el cual los dioses se mezclan con los hombres. En el que lo divino y lo humano se fusionan en un relato que se acerca más a una obra literaria de fantasía que a otra cosa.

¿A qué nos lleva todo esto? A varias cuestiones. Según las fuentes Hititas, la ciudad de Wilusa se enfrentó a un atacante que procedía de Occidente. Estos no podían ser otros que los micénicos, la potencia preponderante en aquellos momentos.

¿La causa de la guerra fue el rapto de Helena? Eso ya es más dudoso, por no decir que quizás imposible. La teoría que habla sobre el control de las rutas comerciales es más factible. Los micénicos vieron en Troya un rival creciente, que imponía sus impuestos a los barcos que comerciaban por la zona del Mar Negro. Ese fue sin duda un motivo más que factible para dar inicio a un conflicto bélico.

Otro punto que nos puede llamar la atención y hacer dudar es el que hace referencia a la duración de la guerra. ¿Diez años tardaron los griegos en someter a una ciudad que tal vez no llegase a los diez mil habitantes? Demasiado tiempo fuera de sus casas, dejando abandonados sus palacios y sus obligaciones. Además, como ya he comentado antes, las evidencias arqueológicas nos hablan de dos estratos destruidos por la guerra. ¿Quizás se llevaron a cabo dos expediciones diferentes para acabar con Troya? De momento no lo sabemos con certeza, todo son hipótesis que están todavía por demostrar.

Es por ello, que después de todos los datos que he enumerado, te invito a que te quedes con la teoría que más te guste de todas. En cualquier caso, si algo bonito tiene la historia, sobre todo aquella que no nos deja vestigios plausibles, es que nos permite montarnos nuestras propias hipótesis. Si eres de los que te gustan las versiones más románticas te puedes quedar con la versión de Homero, donde los héroes combaten junto a los dioses en una épica guerra. Si en cambio eres de los más pragmáticos puedes quedarte con la versión que se acerca más a la realidad. Y añadiendo otra más, si te gusta más la versión que nos ha dado Hollywood, la de Brad Pitt, puedes quedarte con ella, aunque ya te avanzo que carece de rigor

histórico.

4. La sociedad espartana

¿Sabías qué los espartanos eran educados desde muy pequeños en el arte de la guerra? ¿Sabías que las mujeres también eran educadas por este sistema estatal llamado Agogé?

A diferencia del resto de hoplitas, los espartanos eran distintos. No eran ciudadanos que se convertían en soldados de manera puntual para combatir en las guerras que libraba su polis. Ellos constituían una fuerza de combate profesional, y eran entrenados desde muy temprana edad en el arte de la guerra. De ahí que se conformasen como los soldados más temidos de la Grecia antigua. Por lo menos en lo que se refiere a la época clásica, la que se comprendía entre los siglos V y IV a. C., que fue el período en el que gozaron de más protagonismo.

Los espartanos nacían, crecían, vivían y morían por y para la guerra. Luchar era su modus vivendi, y por ende su profesión. Es por ello por lo que, desde muy jóvenes, con apenas siete años, los varones eran apartados de sus familias y entregados al estado, que era el encargado de formarlos y adiestrarlos para la guerra. Para llevar a cabo esa tarea, se creó un modelo educativo que recibía el nombre de Agogé. Esta especie de institución no sólo se ocupaba de la educación de los varones en el arte de la guerra, sino que también se encargaba de que las niñas recibiesen una formación basada en lo que se esperaba de ellas. Es decir, ocuparse de las tareas del hogar, de las tierras y sobre todo de engendrar una progenie suficientemente fuerte como para poder pasar a engrosar las filas del ejército.

Para comprender esta institución, debemos remontarnos a los orígenes de la misma. Para ello debemos trasladarnos hasta tiempos del legislador Licurgo, cuya existencia oscila entre la realidad y la leyenda. La cuestión fue que alguien (o bien él o bien otros) redactó/aron allá por el s. IX-VIII a. C. estas leyes o preceptos que con el tiempo se sabe que alcanzaron el rango de constitución, o leyes de carácter sagrado. El apogeo se produjo entre los siglos V-III< a. C.

Pero ¿cómo funcionaba esta Agogé? El proceso institucional se iniciaba con el nacimiento de la criatura. Un grupo de ancianos hacía las comprobaciones pertinentes para saber si el bebé era apto físicamente o no. Era ahí donde se generaba la primera polémica, el tema de qué sucedía con los que no pasaban esa especie de criba. Se decía que, si el recién nacido no era apto o tenía alguna

malformación, se le abandonaba en el monte Taigeto para que las bestias diesen buena cuenta de él. Otra versión un poco más dura decía que esos bebés eran arrojados desde lo alto del monte. Aunque en este punto, quiero aclarar que no todos los desechados sufrían el fatal destino. Se sabe que algunos de estos eran criados como esclavos o entregados a matrimonios que no habían podido tener hijos.

No hay detalles de lo que pasaba con ellos cuando alcanzaban cierta edad, aunque, los espartanos no eran tan crueles como algunas fuentes se han encargado de explicarnos. Por muy poco aptos que fuese para la guerra, siempre se podían ocupar de llevar a cabo otras tareas. Evidentemente, si el retoño nacía con alguna malformación grave, era probable que sí que fuese abandonado a su suerte.

Tras esa primera criba, los bebés eran entregados a sus progenitores de nuevo, cuya función era criarlos hasta que cumplían los siete años. La Agogé entraba en juego como ya te he dicho a partir de los siete años, momento en el que los niños abandonaban sus casas y eran enviados a una especie de cuarteles. Allí se les rapaba el pelo y se les dividía en pequeños grupos o unidades. Desde ese instante lo hacían todo juntos. Quedaban encuadrados por edades y estaban bajo la estricta supervisión de una especie de instructor, que recibía el nombre de Eieren. A su vez también bajo la dirección de un funcionario estatal, llamado Paidonomos.

En esta fase inicial, que se prolongaba hasta los catorce años más o menos, los niños debían adquirir una forma física adecuada. Para ello se ejercitaban a diario, corriendo largas distancias y luchando. Pero no sólo ejercitaban la parte física, sino que también aprendían valores como la obediencia y el ascetismo. Esto era poder renunciar a todo lo material, de todo aquello que no fuese básico para sobrevivir. Además, se les enseñaba a leer y a escribir, aunque este tipo de educación era quizás más secundaria.

Al llegar a los catorce años, los jóvenes pasaban a una nueva categoría: la de Efebos. En ese momento se debían dejar crecer el pelo, teniendo la obligación de cuidárselo con esmero. En esa nueva etapa, que se prolongaba hasta los dieciocho, su aprendizaje se basaba en adquirir una resistencia física más elevada. Sufrían todo tipo de penalidades, tales como pasar hambre, sed, frío y calor, además de aguantar golpes y palizas. Estas cumplían el objetivo de volverles cada vez más fuertes, tanto de cuerpo como de mente.

Se dice que incluso se les obligaba a dormir en lechos

construidos únicamente en cañas, y a vestir un manto, llamado himatión, como única prenda de ropa. Seguían entrenando, luchando y combatiendo, aunque en esa fase lo que primaba era el fomentar la competitividad y la ambición entre estos jóvenes.

La última fase de la Agogé comenzaba a los dieciocho o diecinueve años, y era considerada como la etapa adulta. A partir de esa edad los muchachos se casaban y comenzaban su tarea de procrear. No podían vivir en sus casas con sus esposas, sino que continuaban en los cuarteles con sus compañeros. Pasaban a convertirse en jefes de tropa, y dirigían a muchachos más jóvenes, pertenecientes a las categorías inferiores. Ya participaban a esas edades tempranas en el oscuro y secreto ritual de iniciación conocido como Krypteia.

A partir de los treinta años, se convertían en ciudadanos de pleno derecho, y pasaban a pertenecer a la clase espartiata o a los Iguales (Homoioi). Su dedicación no distaba mucho de lo vivido anteriormente, pues se debían plenamente al ejército y pese a vivir con sus esposas, pasaban poco tiempo junto a ellas,

¿Y qué sucedía con las mujeres espartanas? Como ya he comentado antes, también se ponían bajo la tutela de la Agogé y lo hacían a la misma edad que los varones, es decir a los 7 años. A diferencia de ellos, no vivían juntas en cuarteles, sino que se las educaba de manera conjunta durante el día, y por la noche dormían en sus casas con sus padres. Las fuentes también nos dicen que había mujeres adultas que las instruían desde esa edad.

Esta instrucción incluía una parte física, similar a los hombres, incluyendo la lucha, las carreras o deportes o disciplina olímpicas cómo el lanzamiento de disco o de jabalina. Esta se hacía con intención de fortalecerlas para poder tener hijos sanos y en condiciones. Además de esas disciplinas, se las instruía en canto y también baile.

A partir de los diecinueve años, estaban obligadas a contraer matrimonio. Una vez casadas, parece ser que se debían rapar el pelo y dejárselo corto. A diferencia de lo que pasaba en otras polis, los padres de las chicas no concertaban los matrimonios. Eran los muchachos los que elegían a sus esposas y aunque parezca extraño, las esposas podían tener más de un marido, pues la poligamia no estaba mal vista, a diferencia de la visión del resto de ciudades de la Hélade. Se buscaba que ellas engendrasen a varones aptos para la guerra y a nuevas mujeres que pudiesen engendrar futuras generaciones, por lo que la necesidad común primaba sobre los intereses personales.

La mujer era la encargada de la administración de su casa, o casas (dependiendo claro está de los maridos que tuviese). Por ello estaba bien instruida en el tema de la economía doméstica. Era ella la que se encargaba de esa tarea, pues su marido tenía más que de sobra con la guerra. Se encargaban a su vez de controlar a los esclavos e ilotas que tuvieran a su cargo y de la organización los cultos y ritos sagrados.

Pese a tener autoridad de puertas para adentro, en asuntos públicos, seguían estando por detrás de sus maridos. Aunque no tenían esa potestad de decisión, sí que se les permitía opinar y expresarse en los asuntos concernientes a la polis, eso sí, sin poder ejercer el derecho a voto.

Existían también dentro de la sociedad otros integrantes del estado. El primer grupo era el de los Periecos. Estos eran los extranjeros, todos aquellos hombres libres que vivían en las regiones periféricas. Pese a formar sus propias ciudades, dependían de la propia Esparta Al no ser ciudadanos de la misma capital, no tenían los mismos derechos que los espartíatas y no se les consideraba como tales.

Tras este grupo, estaba el de los ilotas, sin duda el más numeroso de todos. Estos eran esclavos descendientes de los pueblos mesenios que fueron vencidos y sometidos durante las guerras de conquista del s. VIII a. C. Estos esclavos tenían una condición más bien de siervos, eran propiedad del estado y estaban adscritos a la tierra que trabajaban y no podían ser vendidos. Este grupo era el más numeroso, y pese a que las fuentes no calcularon nunca su número, se sabe que aproximadamente por cada espartiata había un total de siete ilotas.

A diferencia del resto de esclavos, tenían derecho a formar una familia, y vivir junto a ellos en las propiedades de su amo e incluso se podían quedar una parte de la cosecha que cultivaban para él. Se sabe que en momentos puntuales también fueron usados como infantería ligera en algunas guerras.

Espero que este breve repaso que he hecho a la sociedad espartana y a sus instituciones te haya servido para saber un poco más sobre ellos, y que veas con otros ojos a aquellos aguerridos hoplitas que luchaban a pecho descubierto contra las hordas persas de Jerjes en las Termópilas. Como siempre digo, hay películas y series de televisión que, en lugar de ayudarnos a comprender mejor la antigüedad, nos dan una visión muy alejada de esta y nos confunden.

5. La expedición de los diez mil

¿Sabías qué en el año 401 a. C., un numeroso ejército griego llegó hasta el corazón del imperio persa? ¿Sabías qué entre ellos estaba el famoso escritor e historiador Jenofonte y que él mismo se encargó de recoger con sumo detalle lo que sucedió en esa expedición?

Aunque más que expedición hay quien dice que se trató más bien de una retirada. Pero ¿por qué digo retirada? Pues porque lo que fue en principio una expedición para ayudar a un rey extranjero, se convirtió en un fracaso estrepitoso.

Esos diez mil mercenarios griegos (según parece ser eran cerca de trece mil) se enrolaron en esa aventura a cambio de una suculenta recompensa. Pero los dioses les deparaban un destino muy distinto.

Pero comencemos por el principio. Cuando murió el rey persa Darío II, en el año 404 a. C., uno de sus hijos, Artajerjes II heredó el trono. Él era el heredero legítimo, aunque su hermano Ciro el Joven, no lo veía justo. Por ello reclutó un poderoso ejército al que se unió un nutrido grupo de mercenarios griegos que le ayudase a hacerse con el trono. Esos hoplitas griegos, procedentes de todas las ciudades estado destacaban por su disciplina y organización, lo que sin duda era toda una garantía.

Era por todos conocida la superioridad helena al resto de tropas coetáneas a ellos y buena fe de ello habían dado los antepasados de Ciro durante las guerras Médicas. El joven usurpador lo sabía muy bien, por ello se encargó de hacerse con sus servicios para que le ayudasen a usurpar el trono del imperio.

Así pues, en el 401 a. C., el ejército del joven Ciro se dirigió hacia el interior del imperio para derrotar a su hermano y proclamarse nuevo Rey de Reyes. El espartano Clearco, exiliado d su propia ciudad asumió el mando de los mercenarios. Según el propio Jenofonte (que partió como cronista de la expedición), Ciro contaba con un ejército de cincuenta mil hombres, a los que se sumó el contingente griego.

El ejército mercenario estaba compuesto por hombres de ciudades estado muy diversas. Había enrolados espartanos, arcadios, siracusanos, acayos, tesalios, megarenses, atenienses… Era un ejército multi griego por decirlo de alguna forma, donde las viejas rencillas de la recién terminada guerra del Peloponeso quedaron aparcadas por un beneficio común.

En septiembre de ese año, los dos ejércitos se encontraron en las proximidades de Cunaxa, ciudad cercana a Babilonia donde se entabló una cruenta batalla. Los griegos formaron en el ala derecha del ejército rebelde y sabemos que derrotaron al ala izquierda persa sin mayor problema, ya que eran muy superiores. Aunque no todo salió bien, ya que el propio Ciro murió en el transcurso de la batalla, y su ejército huyó del campo. Otros persas optaron por la rendición y se pasaron al bando enemigo.

Los griegos pese a vencer se encontraron aislados, pero optaron por no rendirse ya que eran conscientes de que no habría clemencia para ellos. Fue por ello por lo que los oficiales al mando buscaron negociar con los persas una salida. Al principio la cosa fue bien, y Artajerjes II permitió que se retirasen hasta el Tigris. Seguramente les temía y prefería sacárselos de encima antes que tenerlos campando por su imperio.

Los oficiales del ejército griego fueron convocados por el sátrapa Tisafernes a un banquete para concluir las condiciones del tratado. Pero Artajerjes II no tenía intención de perdonarles la vida. Su sátrapa obedeciendo órdenes, los decapitó dejando al contingente sin sus líderes.

Perdidos en mitad del reino de los persas, y sin oficiales que les dirigieran, la cosa se complicaba todavía más para el ejército heleno. Pero decidieron que no se podían rendir, y así fue como eligieron nuevos oficiales para dirigirles. Tras convocar una asamblea, se escogieron a los nuevos líderes, y aquí es donde apareció nuestro amigo, el ateniense Jenofonte, que fue uno de los elegidos. La responsabilidad de planificar una retirada ordenada recayó sobre sus hombros y los de otros afortunados.

Fue entonces cuando se pasó de La Anábasis, cuyo significado es expedición desde el mar hacia el interior, a la catábasis, o lo que es lo mismo, expedición del interior hacia el mar, lo cual nos lleva al principio, al punto en el que hablaba sobre una retirada. El bloque entero se puso en marcha con las dificultades que ello entrañaba. Estaban en territorio enemigo y pese que habían decidido replegarse, debían hacerlo en orden. Como elemento a tener en cuenta, añadiré que el ejército griego no disponía de un buen avituallamiento, y tenía que conseguir provisiones sobre la marcha, a la vez que resistía el envite de los persas, que pretendían que no escapasen con vida de allí.

Jenofonte se encargó de cubrir la retaguardia, aunque tampoco poseían caballería para repeler los ataques de los persas. Eso fue otro hándicap más a sumar a la penosa situación y facilitó mucho el

trabajo a los enemigos, que pudieron hostigar la retaguardia griega con su caballería a su antojo. Jenofonte al mando de sus hombres, se vio forzado a plantar cara en varias ocasiones.

Así fue como los griegos se encontraron en una encrucijada, ya que decidieron que era mejor no cruzar el río Tigirs por las dificultades que ellos conllevaba y optaron por tomar la ruta más complicada, la de las montañas. Pensaban que los persas no les perseguirían. Pero la decisión no fue muy acertada, ya que además de los persas, que obviamente no se dieron por vencidos, se encontraron con la dificultad de un terreno abrupto al que hacer frente y además de todas esas desgracias, se añadieron a la persecución otras tribus autóctonas de las montañas, como la de los carducos.

Todo parecía estar en contra de los griegos, y a todo lo anteriormente nombrado se sumaron las inclemencias meteorológicas. Estos se vieron forzados a abandonar a los esclavos e incluso a las bestias de carga para no ralentizar su avance. Un gran número de hoplitas cayeron en los combates para proteger a los suyos, pero la marcha no cesó. A su paso por Armenia, el ejército fue atacado por un numeroso grupo de carducos, y Jenofonte encabezó un exitoso ataque para dar tiempo a sus compatriotas de cruzar el río.

Una vez en Armenia, pactaron una tregua con el sátrapa Tiribazo. Como la experiencia era un grado, los griegos no se creyeron al persa, y decidieron que era mejor atacarle por sorpresa y evitar males mayores. La suerte estuvo de su lado y le sorprendieron preparando un ataque contra ellos. El ejército mercenario derrotó a los persas de manera aplastante.

Tras meses de dura marcha, y tras sufrir mil penalidades, consiguieron llegar a las costas del Mar Negro, cerca de la ciudad griega de Trapezunte. Pero las cosas no iban a ser tan fáciles El ejército se tuvo que enfrentar a algo peor todavía: el repudio de los suyos. En las ciudades griegas por las que pasaron fueron tratados como apestados. Normal, ya que la gente temía a un numeroso grupo de soldados sin botín que llevarse con ellos. Los vieron como una amenaza, así que les cerraron las puertas y ni siquiera les prestaron ayuda.

Las fuentes hablan de que en ese periplo hasta regresar a casa pasaron muchas cosas. Desde secesiones, hasta campañas militares complementarias antes de regresar a su tierra natal. Pasaron casi dos años hasta que los supervivientes lograron regresar a su patria, pero eso ya es otra historia que te contaré más adelante.

En cuanto a las conclusiones que se sacaron sobre esta expedición, la más clara fue la de que puso de manifiesto que el Imperio Persa no era tan temible como quería aparentar. La superioridad técnica y táctica de los hoplitas demostró de nuevo que se podía atacar al imperio medo desde su interior. Esa hazaña no tardaría demasiado en llevarse a cabo. Fue Alejandro Magno y su padre Filipo II antes que él, quienes supieron analizar con detalle la situación que vivieron Jenofonte y los demás griegos 70 años antes. Se había abierto la veda del Imperio Persa. Sus puntos débiles habían salido a la luz, sólo quedaba atacarlos.

Espero que estas líneas te hayan abierto el apetito de saber más sobre esta expedición que se convirtió en un repliegue táctico en toda regla, y te hayan dado ganas de indagar en los detalles sobre lo que les aconteció a Jenofonte y a los suyos. Sé que es mucho pedir que te leas su propia obra, la Anábasis, aunque te la recomiendo porqué es magnífica, pero en su defecto y si te gusta la novela histórica, como creo que es el caso, siempre puedes leer a un autor más actual que se ha encargado de novelar los hechos. Hablo del gran Valerio Massimo Manfredi y su obra titulada, El ejército perdido. Una novela muy entretenida y que he leído un par de veces ya. Totalmente recomendada.



OTRAS CIVILIZACIONES

1. El faraón Akhenatón

¿Sabías qué el faraón Akhenatón fue llamado hereje por sus coetáneos? ¿Qué es lo que hizo tan mal como para que su propio pueblo le otorgase ese calificativo y por ende para que le condenase a ser olvidado mediante una Damnatio Memoriae?

Aunque antes de saber cómo acabó todo, deberíamos comenzar por el principio de su reinado. Se sabe qué fue hacía el año 1353 a. C., cuando este faraón se hizo con el control del Alto y Bajo Egipto, y que estuvo en el trono hasta el 1336 a. C. Su gobierno tuvo lugar en una fase del período que conocemos como Imperio Nuevo y sabemos que perteneció en concreto a la dinastía XVIII. Subió al trono con el nombre de Amenophis IV y aunque los primeros años transcurrieron con cierta normalidad, a partir del cuarto, algo cambió sustancialmente en él.

Fue entonces cuando dio inicio un nuevo periodo que fue conocido como el de El Amarna. Este se caracterizaría por varios cambios o reformas. El primero de ellos fue un cambio de capital, el faraón abandonó la tradicional Tebas, para crear una nueva ciudad, a la que llamó Ajetatón. Además de ese cambio, instauró poco a poco el culto al dios Atón (el disco solar) en detrimento del hasta

entonces todo poderoso dios Amón. Fue un cambio revolucionario, y eso provocó que se fuese relegando a un segundo plano a los poderosos sacerdotes de Amón, que habían ostentado el poder religioso y podría decirse que tal vez el político y el económico hasta ese momento.

El faraón cambió su nombre en el sexto año de su reinado, y pasó de ser Amenophis IV a ser Akenathón, en clara alusión a la nueva divinidad que él tanto veneraba. Se sabe que ascendió al trono junto a su esposa, Nefertiti, la cual jugó un papel muy importante en todos los aspectos. Fue la segunda etapa de su gobierno, que duraría unos doce años, la que marcó una clara diferencia en todos los campos.

El hasta entonces culto politeísta pasaría a convertirse en una religión monoteísta, la primera de la historia, en la que los hombres adorarían a un solo dios, el Sol.

No se sabe cuál fue el motivo de esa repentina transformación religiosa. Algunos lo atribuyen a la influencia que tuvo la educación recibida por su madre, Tiy. Afectó además a otros campos de la vida cotidiana en el Egipto del momento, como el político y el social. Se dice que el faraón, convertido en el sacerdote supremo del nuevo culto, se apropió de las riquezas que poseían los representantes del dios Amón. Clausuró la mayor parte de sus templos y con su dinero construyó las bases de su nuevo orden. El nuevo dios, a diferencia de los antiguos, no poseía ni forma ni imagen, era más bien una figura abstracta.

Pero tras diecisiete años de gobierno, en el año 1336 a. C., el faraón murió. No se sabe si por causas naturales o debido a una conspiración orquestada por alguna de las facciones insatisfechas por los cambios instaurados. Hay datos que revelan que fueron muchos los que estuvieron en contra de las ideas de Akhenatón, entre ellos dos hombres muy poderosos, un funcionario llamado Ay, del cual se decía que era el suegro del faraón, y un importante cargo del ejército, el general Hormeheb, también emparentado a la casa real. Lo que más llama la atención de todo esto, es que ambos hombres llegaron a ocupar el trono en la misma dinastía, lo que nos puede dar alguna que otra pista en lo relativo a la muerte de nuestro protagonista.

La cuestión es que, tras su desaparición, y a la vez la de su esposa, sobre la que ya no se vuelve a saber nada a través de las fuentes, todo vuelve al estado anterior. Los faraones que le sucedieron se encargaron de que no quedase rastro sobre él, ni de su "reforma". Se le aplicó una Damnatio Memoriae, que destruiría

todo lo que estuvo alguna vez relacionado con su figura. Incluso se abandonaría la ciudad de Ajetatón, que sería considerada como maldita desde ese momento.

¿Nos hallamos entonces ante un reformador adelantado a sus tiempos? ¿O fue más bien un hereje como recogen las posteriores fuentes? De estas dos maneras se le ha llamado, aunque está claro que sus ideas fueron muy adelantadas a su época. Fue por ello, por lo que, tras su muerte, su memoria fue condenada al olvido.

Un solo hombre, el más poderoso del país del Nilo, supo alejarse de la clase sacerdotal marcada por la corrupción y la avaricia. Eso quizás fue lo que provocó que su nombre se asociase a la herejía. Pero, una duda surge en este punto. ¿Y sí sus ideas religiosas no fueron tan malas? ¿Y sí los que tenían montado el negocio (entiéndase sacerdotes de Amón) temieron que la gente viese con buenos ojos una religión basada en preceptos como la paz, la armonía y la fraternidad? Una religión que abogaba por un trato igualitario entre los hombres, que buscaba un reparto de riquezas entre toda la gente, entre otros aspectos a destacar. ¿No fue eso una amenaza para los que tenían el control de las instituciones hasta su subida al trono? Planteo de nuevo la pregunta: ¿Fue Akhenatón entonces un faraón hereje? ¿O quizás eres partidario, después de leer esto, que más bien fue un adelantado a su época y a la vez un incomprendido? Lo dejo en tus manos.

2. La profecía de la destrucción de Babilonia

¿Sabías qué Ciro II y la destrucción de la poderosa ciudad de Babilonia están estrechamente relacionados? ¿Sabías que existía una profecía escrita ciento cincuenta años antes en las que se hablaba del tema?

Se le atribuye a él la fundación del poderoso y longevo imperio persa Aqueménida. Ciro II fue hijo de Cambises I y de Mandane, hija del rey de Media, Astiages y de Aryenis, heredera del reino de Lidia. Fue a raíz de ese enlace matrimonial, por lo que Ciro II adquirió derechos legítimos sobre ambos reinos. En el año 559 a. C., Ciro II sucedió a su padre, y acto seguido se rebeló contra su abuelo Astiages. No tardó mucho en derrocarlo, sobre todo gracias al apoyo del general al mando de las tropas medas, Harpago que tenía una cuenta pendiente con su rey. Este se rebeló contra su señor y le entregó el reino medo a Ciro. Con la lealtad de las tropas medas, y la de sus persas, el nuevo gobernante se hizo con el control de un vasto reino.

Tras reunir a medos y persas bajo un solo estandarte, no se detuvo y puso sus ojos en un nuevo objetivo: Lidia. Su gobernante, el poderoso rey Creso, era yerno del depuesto Astiages. Pese a que hubo una dura resistencia, los persas y los medos acabaron sometiendo el reino por completo. Tras conquistarlo, con la capital Sardes incluida, hizo lo propio con las ciudades griegas jónicas, aumentando considerablemente los territorios de su ya de por sí vasto Imperio.

Hacia el año 539 a. C., con casi todo el Próximo Oriente sometido, el ejército persa aqueménida, con su rey al frente, se preparó para otra guerra. En esa ocasión el objetivo era el imperio neo babilonio. No era ni mucho menos el imperio que el gran Nabucodonosor II había conquistado pocos años atrás. El nuevo reino se había convertido en un espejismo de lo que había sido. Estaba gobernado por un ser más bien infame, un tal Nabónido, que había destronado al nieto del gran conquistador y forjador del imperio. Este gobernante no gozaba de la simpatía de su pueblo, por lo que estos vieron con buenos ojos la llegada de Ciro II y los suyos.

Una tras otra, todas las ciudades del imperio neo babilonio fueron cayendo ante el avance persa. Unas plantaron cara, otras se rindieron directamente. La cuestión fue que, en poco tiempo, los

ejércitos invasores se plantaron en la capital. Era tan sólo cuestión de tiempo que la gran Babilonia pasase a formar parte del creciente imperio persa.

Aquí es donde aparece un dato curioso, el mismo que motiva lo que te estoy explicando, y es que, ya que un siglo y medio antes de que Ciro II conquistase Babilonia, el profeta judío Isaías predijo la caída de esta. En esta profecía, se anunció que un rey persa, de nombre Ciro derrocaría a Babilonia. A su vez liberaría a los judíos esclavos en la ciudad y les permitiría regresar a su tierra. El texto del profeta forma parte del Antiguo Testamento y se puede leer en el versículo Isaías 44:26-45:7. En ese vaticinio, según las escrituras sagradas, el Señor dijo a su profeta que el rey persa actuaría como su "pastor" a favor del pueblo judío.

Si la profecía estaba ya escrita antes del nacimiento de Ciro, ¿sus progenitores sabían cuál era su destino? ¿Le pusieron ese nombre por ese motivo? ¿Fue casualidad? ¿O por contra, un mandato divino? Eso prefiero dejarlo en tus manos, como siempre digo, que cada cual piense lo que crea oportuno.

Pero la profecía no acababa ahí, sino que recogía con detalle cómo sería la caída de Babilonia. Esta decía que los ríos que bañaban la ciudad se secarían, que las puertas de la misma se abrirían y los soldados babilonios no opondrían resistencia alguna.

Quizás, conocedores de la profecía, los persas desviaron el cauce del río hacía unos pantanos y allí lo canalizaron. De esa forma el cauce descendió hasta el punto de que el agua llegó hasta la mitad de los muslos a los invasores. Con el cauce seco, los persas sobrepasaron los muros altos de la ciudad, cogieron desprevenidos a los defensores, que estaban de celebración y abrieron las puertas de la ciudad. Casi no hubo mortandad en la toma, y Babilonia fue conquistada en una sola noche.

Un judío llamado Daniel, que estuvo presente durante la caída de Babilonia, profetizó a su vez la caída del imperio Aqueménida. El culpable de ello sería el primer rey de Grecia (¿tal vez se refiriese a Alejandro Magno?). También profetizó que el reino de este se dividiría en cuatro menos poderosos (¿conflicto entre los Diadocos, los sucesores de Alejandro?).

¿Casualidad? ¿Intercesión divina? Quién sabe lo que pasó realmente. Otra duda que deberás resolver tú mismo.

A finales del año 538 o principios del 537 a. C., Ciro II promulgó el decreto de liberación de los judíos de Babilonia. Esa fecha puso fin a los setenta años de desolación que profetizó Judá sobre el pueblo elegido, y que se inició en el 607 a. C.

Pero algunas dudas nos asaltan, ¿por qué Ciro II fue tan benevolente con el pueblo judío? ¿Por qué les devolvió los utensilios sagrados que les había expropiado Nabucodonosor II durante la conquista de su reino? ¿Fue la política que siguió con todos los pueblos conquistados? ¿O fue sólo con los judíos? A esas preguntas, por desgracia tampoco puedo responder. Tal vez debas buscar en las fuentes antiguas y hallar allí tú mismo la respuesta.

En cuanto a las profecías y a los vaticinios, tengo que decirte que hay cosas que se escapan al conocimiento humano y que son difíciles de entender. En ocasiones solemos atribuirlas a la fe, sobre todo aquello que la ciencia no puede explicar. Pero sin querer entrar en aspectos teológicos, espero que te haya gustado lo que te he explicado y que indagues tú también en otros episodios de esta índole por tu cuenta.

3. El imperio Hitita

¿Sabías qué en la edad del bronce existió un poderoso imperio en la zona de Anatolia que llegó a ser tan poderoso que puso en jaque al mismo imperio egipcio? ¿Sabías qué su poder perduró cerca de quinientos años y que además de con los egipcios tuvieron sus más y sus menos con los Asirios? ¿Sabías qué fueron llamados hititas?

Pero como a todos los grandes imperios, a este también le llegó su hora y por desgracia para los historiadores y arqueólogos desapareció de los anales de la historia de una manera fulminante y sin dejar apenas rastro.

Pero empecemos por el origen. Esta civilización hitita se asentó en la zona de Anatolia, y en su momento llegó a ocupar prácticamente toda su extensión. Incluso llegó hasta la isla de Chipre, parte de Siria y zonas de Mesopotamia. Pero como suele sucederles a los grandes imperios, acabó sucumbiendo de forma súbita. ¿Quiénes fueron los culpables de su caída? Pues los responsables de la extinción fueron los llamados Pueblos del Mar. Aquellas gentes que migraron masivamente y acabaron con las estructuras de los poderosos reinos de finales de la edad del Bronce allá por mediados del siglo XIII a. C.

Para que os hagáis una idea, el período de esplendor de los hititas tuvo lugar entre los siglos XVIII-XIII a. C., finalizando justo en el momento de la aparición de los anteriormente nombrados.

Haciendo un poco de historia sobre este pueblo y sus orígenes, se habla de que eran originarios de las estepas de Asia Central. Con el tiempo emigraron hacia la parte de Anatolia (la actual Turquía). A su vez sabemos que hablaban una lengua indoeuropea y que lograron imponerse a los nativos de la zona. El nombre que recibieron se les dio porqué se establecieron en la zona de Anatolia conocida como Hatti.

Las fuentes nos hablan de una primera ciudad hitita, llamada Nesa, de la que dejó testimonio un monarca posterior, un tal Telepinu, nombrándola en las hazañas de sus predecesores en un edicto. En este nos narra la expansión hacia mediados del s. XIX a. C. mediante un tal Anittas, que logró conquistar las ciudades de Kanesh (Nesa) y Hattusas.

Aunque realmente al que se le concede el privilegio y honor de ser el fundador del Imperio es a un tal Labarna. Este rey se encargó de agrupar diferentes ciudades estado y pequeños reinos. Llegó a

destruir la ciudad de Hattusa, la que posteriormente se convertiría en la capital del Imperio.

El hijo de este, Hattusilis I (hombre de Hattusa), fue quien la reocupó y fundó allí la capital, eligiendo ese emplazamiento en gran medida por su ubicación geoestratégica preeminente. La cuestión fue que logró expandir las fronteras del imperio al máximo, conquistando la zona meridional de la actual Turquía. Posteriormente se fue al este para apoderarse de las ciudades del norte de Siria.

Años después, el que sería su sucesor, que a la postre era su nieto, ya que su hijo parece ser que no estaba a la altura, de nombre Mursili I logró conquistar la ciudad de Alepo e incluso dicen las fuentes que llegó hasta Babilonia y la saqueó. Aunque al estar tan alejada se vio forzado a abandonarla porque era inviable mantenerla dentro de la órbita de su imperio. La gesta de nada sirvió, ya que el ejército fue vencido por otro pueblo, el de los Hurritas, quienes a la larga se constituyeron como otro poderoso imperio de la zona, el de los Mitanni. Mursili I logró regresar a su capital, pero allí fue asesinado por su propio cuñado.

Sobre los monarcas posteriores poco se sabe. Más bien podría decirse que se limitaron a mantener sus dominios a salvo de los ataques de enemigos exteriores. Debemos esperar hasta el anteriormente nombrado Telepinu para tener más información, ya que este se encargó de establecer un edicto para asegurar el ascenso de los herederos al trono. Eso garantizaría la continuidad de la dinastía.

Es en ese período cuando crece en poder el imperio vecino a los hititas, de los que te he hablado más arriba, y que acabarían rivalizando con ellos por el control de la zona: los Mitanni.

En el año 1375 a. C., un joven monarca, de nombre Suppiluliuma logró revivir al estancado y tocado imperio. Este rey reconquistó los territorios perdidos por sus predecesores y se hizo de nuevo con las ciudades estado de la Siria actual. También sometió a esos Mitanni y tras infligirles dos duras derrotas consiguió saquear su capital y los convirtió en un reino vasallo suyo. El rey siguió una política en la que tejió una red de estados o reinos pequeños vasallos gobernados por monarcas afines a él.

Su sucesor e hijo, Mursili II, extendió todavía más los dominios del Imperio. Logró llegar hasta las costas del mar Egeo y las fuentes hablan de que se enfrentó a los ahhiyawa. Sabemos por la ubicación y por las fuentes del momento que este pueblo se tiende a identificar con los aqueos o antiguos micénicos, los predecesores de

los griegos.

Pero ¿qué pasó cuando el camino de los hititas se encontró con el de los egipcios? Quizás uno de los monarcas hititas más conocidos por las fuentes fue Muwatalis II. Este se enfrentó al poderoso imperio egipcio que gobernaba por aquel entonces Ramsés II en la famosa batalla de Qadesh. Las ambiciones del faraón le llevaron a querer expandirse demasiado y en ese afán se cruzó con los hititas, a los cuales tampoco les gustaba estarse quietos en su lado de la frontera. El resultado de la batalla fue de tablas, aunque Ramsés II se encargó de dejar bien esculpida su victoria sobre sus rivales.

Tras la batalla, ambos imperios firmaron un acuerdo de paz que quedó sellado por escrito. Ese enfrentamiento con Egipto provocó que la vecina Asiria aprovechase para extender sus dominios, haciéndose con el control del imperio Mitanni. Posteriormente derrotaron a los hititas en Nihriya, haciéndose con Babilonia.

Tras unos años de relativa paz, una nueva amenaza se cernía sobre los hititas: los Pueblos del Mar. En torno al 1190 a. C., estos recién llegados dieron buena cuenta de sus dominios y los borraron para siempre de la faz de la tierra, a la vez que cayeron sobre otros reinos poderosos de ese momento. Los restos arqueológicos que se hallaron en la zona a finales del s. XIX confirman que en ese momento se produjo una destrucción violenta.

Pero ¿Por qué no se sabe apenas nada de los hititas? Puede decirse que apenas quedó información de ellos. Los pueblos que ocuparon sus territorios tras su desaparición no hicieron nada por mantener su memoria. En el año 1834, Charles Texier descubrió las ruinas de una antigua ciudad cerca de la aldea turca de Bogazkoy, que posteriormente se identificarían con la capital hitita, Hattusa. Años más tarde se descubrirían varias piezas que contenían una escritura desconocida. Y a finales del s. XIX se identificó esta caligrafía con el antiguo pueblo hitita que menciona la Biblia.

Ya en el s. XX, de nuevo en Hattusa, se descubrieron más de diez mil tablillas. Por suerte para los arqueólogos, algunas de ellas eran bilingües, lo que ayudaría a comprender con más detalle la lengua de este pueblo. A mediados de siglo el hallazgo de nuevos textos acabó ayudando a descifrar la lengua de manera definitiva. Eso permitió fijar algunas fechas de la historia de esa civilización, pero como ya he comentado antes, poco tenemos en cuanto a restos arqueológicos de la que fue una de las potencias de la edad del bronce.

Espero que hayas aprendido algo más sobre este misterioso

pueblo de la antigüedad y que por lo menos te haya despertado un poco la curiosidad para indagar un poco más sobre ellos. Siempre es bueno saber que hubo otros imperios muy poderosos además del egipcio en esos tiempos tan remotos y que además combatieron contra ellos y les pusieron las cosas muy difíciles.

4. El pueblo de los etruscos

¿Sabías qué los romanos tenían cómo vecinos a uno de los pueblos más avanzados y cultos del momento? ¿Sabías qué de ellos heredaron muchas costumbres y tradiciones?

Comenzaré situándolos y hablando brevemente sobre sus orígenes, ya que aquí nos encontramos con varias versiones que nos hacen dudar sobre cuál era la procedencia de esta cultura. La primera de ellas defiende que este pueblo sería autóctono de la Toscana. Dionisio de Halicarnaso, que fue coetáneo del emperador Augusto era partidario de ella.

La segunda en cuestión refiere que su origen sería asiático, para ser más exacto de la zona de Lidia. Se les vincula al antiguo pueblo de los Tursha, ya mencionados por los egipcios, como parte de los Pueblos del Mar. El propio Heródoto, en el siglo V a. C., nos dice que migraron desde el este debido a una serie de hambrunas hacia el siglo XIII a. C.

La tercera teoría defiende que originariamente procedían del norte de Italia, y que migraron al sur estableciéndose en la Toscana.

Los griegos les llamaron Tirsenos o Tirrenos, y los romanos más tarde les dieron el nombre de Tuscos o Etruscos. Ellos se autodenominaban Rasenna. Estudios genetistas de ADN han tratado de buscar relación entre los restos de los antiguos etruscos y los habitantes de otras ciudades de la zona. La cuestión es que no se ha sacado nada concluyente que pueda definir con exactitud la procedencia de este pueblo. Se han hallado muchas similitudes con la cultura minoica. Sobre todo, en aspectos como la música, el baile o el culto al cuerpo. También se han encontrado influencias en su idioma con las lenguas indoeuropeas oriundas de Anatolia.

Además de todos estos detalles, sabemos que hay similitudes artísticas y del mundo funerario etrusco con los fenicios.

Esto nos lleva a una cuarta teoría sobre el origen, quizás la más actual, en la que se mezclan la de Heródoto y la de Dionisio. Es decir, había nativos de la zona, pero a su vez llegaron gentes provenientes de oriente, llevándose a cabo un mestizaje y una influencia mutua.

Como puedes comprobar, la cultura etrusca tuvo relación con muchas otras civilizaciones. De ahí a que su origen fuese asiático o europeo… ¿Quién sabe? Lo bonito de la historia es que cada uno puede quedarse con la teoría que más le guste, siempre lo digo.

Dejando aparcado el tema de los orígenes del pueblo, pasaremos

a tratar otros aspectos. Comenzaremos por hablar sobre la estructura política de los etruscos, y diremos que la institución principal o quizás la más antigua de la que tenemos conocimiento fue la monarquía. Al frente de cada ciudad estado, estaba el rey o Lucumo. Este era el encargado de impartir justicia, era el sacerdote y también el comandante del ejército.

Estas ciudades estado eran independientes entre ellas (al estilo griego), aunque estaban unidas por unos lazos religiosos, lo que los llevó a formar una liga. Con el paso del tiempo, las monarquías cayeron en desuso y fueron sustituidas por una serie de repúblicas oligárquicas en las que gobernaban los ancianos de las familias más ricas. Existían los senados que contaban con la participación de asambleas populares que representaban al pueblo.

La pirámide social etrusca se basaba en cuatro pilares. En la cúspide los oligarcas de las familias más ricas y poderosas, aquellos que ostentaban el poder político además del económico. Tras ellos estaba el pueblo llano que era libre. Más abajo estaban los extranjeros, casi mayoritariamente griegos Y finalmente, en la parte más baja, los de siempre, los esclavos.

Aunque algunos autores han tratado de darle a esta confederación de ciudades el papel de Imperio, no creo que se ajuste a ese término. No se regían por la figura de un gobernante común, ya que cada ciudad era un ente independiente del resto pese a que se uniesen en circunstancias concretas. Lo hacían cuando tocaba enfrentarse a un enemigo común, como más tarde sería Roma.

Entrando más en el aspecto de la sociedad, quiero detenerme en el papel que jugaba la mujer. Para empezar, debemos tener claro que la mujer etrusca gozó de un estatus muy distinto al del resto de mujeres de la antigüedad. Jurídicamente, la mujer tenía plena capacidad de obrar, por lo que podía poseer patrimonio propio y gestionarlo a su gusto sin que mediase varón. Podía contraer matrimonio con quien quisiese sin necesidad de ser autorizada por su progenitor. A diferencia de las romanas, tenían praenomen y nomen, lo que las diferenciaba y les otorgaba mayor estatus social. Además, el nombre se transmitía por vía materna, algo impensable durante muchos siglos. También se le permitía asistir a banquetes o a juegos sin permiso de esposos o padres.

La libertad sexual de la que gozaba la etrusca fue uno de los detalles que más llamó la atención en el mundo antiguo, llegándose a interpretar por otras culturas coetáneas con el libertinaje. Fe de ello dan los testimonios que encontramos en las pinturas de la

época. En ellas se nos muestran gran cantidad de escenas eróticas. Basándose en ellas, el historiador griego Teopompo de Chíos afirmó que las mujeres etruscas se acostaban con diferentes parejas que incluso lo hacían delante de sus maridos. Además, afirmaba que los hombres y las mujeres practicaban el sexo con miembros de su mismo género, e incluso con niños. ¿No te parece un poco exagerado que describa esos comportamientos?

Creo que incluso da la sensación de querer dejar en mal lugar a la sociedad etrusca en general y a la mujer en concreto. ¿Acaso los griegos tenían miedo de que sus mujeres al saber de esa libertad la quisieran también para ellas? ¿Se confundía la libertad con el libertinaje a propósito por algún motivo?

El propio Platón tachaba a las etruscas de prostitutas. Fue así como los romanos asimilaron la palabra etrsuci para designar todo aquello que era inmoral. Para los griegos y romanos esas cosas solo las hacían las prostitutas o mujeres de dudosa moral.

En cambio, en el mundo etrusco, esas mujeres tan ligeras de ropa pertenecían a las clases más pudientes. Cabe decir que ese comportamiento escandalizó a los romanos y que estos siempre tendieron a confundir ese aspecto liberal con el de libertinaje. La figura de la mujer etrusca libre contrasta en gran medida con la de las griegas del momento. Estas últimas jugaron un papel totalmente secundario, ya que eran tan sólo piezas de intercambio para sus padres y maridos. Estaban destinadas al confinamiento en sus casa y a hacer tareas del hogar tales como tejer. Las únicas mujeres con cierta libertad del mundo griego fueron las hetairas o cortesanas.

En cuanto a la mujer romana, debemos entender que más bien estaría posicionada entre la etrusca y la griega. Podían comer con sus maridos. También asistir a banquetes e incluso se les podía tener en cuenta a la hora de contraer matrimonio. Eso sí, en el campo sexual, la mujer romana carecía de tanta libertad.

La guerra era una parte vital de la cultura etrusca y obviamente eran los hombres los que luchaban. Por ello, eran las mujeres etruscas las que se encargaban de gestionar su patrimonio en la ausencia del guerrero. Por lo tanto, eran las encargadas de conservar las riquezas y en muchos casos de transmitirlas.

Dejando el tema de las mujeres, pasaremos a hablar sobre asuntos de política exterior. En este campo podríamos decir que los etruscos fueron excelentes comerciantes. Sabían navegar bien, y para que su comercio marítimo floreciese, se aliaron con los cartagineses, otros grandes conocedores del medio acuático. Aunque a consecuencia de esa alianza, pasaron a convertirse en enemigos de los griegos, que ya se disputaban el control del Mediterráneo con

los púnicos. Fe de ello da lo sucedido en Alalia (mar Tirreno), donde los etruscos y los cartagineses lucharon contra los griegos focenses en una batalla naval que tuvo lugar en el 535 a. C. En ella los aliados fueron derrotados por los griegos, aunque el precio que tuvieron que pagar estos fue elevado, y se quedaron prácticamente sin flota. Eso hizo que perdieran el control marítimo de esa zona y que pasase desde entonces a estar bajo dominio cartaginés.

En el 474 a. C., la flota etrusca en solitario, ya que sus aliados cartagineses habían sido derrotados por Hierón de Siracusa en el 480 a. C., luchó en la batalla de Cumas de nuevo contra los siracusanos y los habitantes de la propia Cumas, siendo en esa ocasión derrotados severamente, e iniciándose en ese momento el declive de ese pueblo. Los investigadores actuales tienden a pensar que esa derrota naval marcó un antes y un después en la cultura etrusca.

Sin flota, un pueblo de comerciantes quedó debilitado, y las ciudades etruscas de la zona del Lacio y el Samnio, fueron rápidamente sometidas por las emergentes potencias de la Italia centra. Estamos hablando tanto de Roma como de los samnitas, que se disputarían a la postre el dominio de todo ese sector de la península.

En lo referente a la relación entre los etruscos y Roma, ya que hablamos de ellos, se debe tener presente que una dinastía de gobernantes de ese pueblo ostentó el poder monárquico en la ciudad del Lacio. Fueron tres los reyes etruscos que gobernaron, Tarquinio Prisco, Servio Tulio y Tarquinio el Soberbio, entre los años 616 y 509 a. C. No me extenderé demasiado en hablar sobre ellos, porqué me faltarían hojas y este no es el momento. La cuestión es que Roma estuvo bajo dominio etrusco hasta el 509 a. C., momento en el que los aristócratas en el nombre del propio pueblo se alzaron contra su rey. Lo expulsaron proclamando la RES PÚBLICA, o lo que nosotros conocemos como República.

La mala experiencia con este último rey hizo que esa institución de gobierno fuese odiada por los romanos y que jamás la viesen como una opción viable. Por ello el propio Julio César jamás quiso ser proclamado rey, sino que optó por el título de dictador (reconocido por la República como cargo público).

La proclamación de la República romana no acabó con los conflictos con las ciudades etruscas, sino que las acrecentó, ya que durante su expansión chocó con los intereses de esta antigua cultura. Pero esa es otra historia, muy larga y compleja y que si te parece la dejaremos para otro momento.

¿Alguna vez has querido saber de dónde procede la palabra que da nombre a una de las carreras atléticas más duras de la actualidad? ¿Deseas conocer un poco más sobre la vida de algunos personajes a los que la historia no les ha dado la relevancia que quizás merecían? ¿Te has quedado con la duda sobre algunos relatos históricos que te han llegado en algún momento?

Si las respuestas a estas cuestiones son afirmativas, este es tu libro. Te presentamos un recopilatorio de curiosidades, personajes y aspectos de la sociedad durante la antigüedad. Un repaso que te llevará desde la antigua Babilonia, hasta la Grecia clásica, sin perder de vista curiosos detalles de la historia de la todo poderosa Roma y de sus herederos de Oriente, los llamados bizantinos.

De la mano de su autor, Sergio Alejo Gómez, historiador, escritor y recreador histórico, te invitamos a dar un paseo por todos esos siglos y las diferentes civilizaciones que conformaron la edad antigua y que de esa manera descubras aspectos relevantes de ese longevo período de la historia de la humanidad. El autor le da un aire fresco a todos esos momentos a la vez que espera sorprendente con detalles que seguramente desconocías.

Antes de despedirme quiero agradecerte la compra de este ejemplar. También me gustaría conocer tu opinión sobre la obra que acabas de leer. Para mí es importante contar con ella, ya que además de permitirme mejorar cara a futuras publicaciones, me sirve para que el libro tenga más visibilidad y sean más los lectores que puedan hacerse con ella.

Puedes hacerlo directamente en la página de compra, en el apartado de escribir mi opinión.Sin

más…

Nos leemos en el siguiente libro